



Joseph Conrad

El Regreso



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

EL REGRESO

JOSEPH CONRAD

**PUBLICADO: 1898
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

EL REGRESO

El tren de circunvalación de la City surgió impetuosamente de un negro agujero y se detuvo con un estridente y áspero estrépito en el penumbral crepúsculo de una estación del West End. Una fila de puertas se abrió de golpe y una multitud de hombres descendió atropelladamente. Llevaban sombreros de copa, rostros pálidos y saludables, abrigos oscuros y botas relucientes; sostenían en sus manos enguantadas paraguas finos y periódicos vespertinos doblados a toda prisa que parecían trapos tiesos y sucios de color verdoso, rosáceo o blanquecino. Alvan Hervey bajó con los demás, con un cigarro apagándose entre los dientes. Una mujercilla desamparada, vestida de negro raído, con ambos brazos cargados de paquetes, corrió angustiada a lo largo del andén, se precipitó de repente en un compartimento de tercera clase y el tren arrancó. El golpeteo de las portezuelas estalló seco y rencoroso como una descarga de fusilería; una corriente helada mezclada con vapores acres recorrió el andén de punta a punta e hizo que un anciano tambaleante, envuelto hasta las orejas en una bufanda de lana, se detuviera en seco en medio de la corriente humana para toser violentamente apoyado en su bastón. Nadie le prestó la menor atención.

Alvan Hervey cruzó el control de billetes. Entre las desnudas paredes de una escalera sórdida los hombres trepaban con presteza; sus espaldas parecían idénticas, casi como si llevaran uniforme; sus rostros indiferentes eran variados pero sugerían de algún modo un parentesco, como los semblantes de una banda de hermanos que, por prudencia, dignidad, repugnancia o previsión, se ignorarían resueltamente los unos a los otros; y sus ojos, vivos o lentos; sus ojos fijos en los escalones polvorientos; sus ojos castaños, ne-

gros, grises, azules, tenían todos la misma mirada: concentrada y vacía, satisfecha e irreflexiva.

Ante el gran portal de la calle se dispersaron en todas direcciones, alejándose a paso veloz los unos de los otros con el aire apresurado de hombres que huyen de algo comprometedor; de la familiaridad o las confidencias; de algo sospechado y oculto, como la verdad o la pestilencia. Alvan Hervey vaciló, deteniéndose un momento solo en el portal; luego decidió volver a pie a casa.

Caminaba con paso firme. Una lluvia neblinosa se posaba como polvo plateado sobre la ropa, sobre los bigotes; mojaba los rostros, barnizaba las losas, oscurecía las paredes, goteaba de los paraguas. Y él avanzaba bajo la lluvia con serena despreocupación, con la tranquila soltura de alguien próspero y desdeñoso, muy seguro de sí mismo: un hombre con mucho dinero y muchos amigos. Era alto, bien formado, de buen ver y saludable; y su rostro pálido y despejado tenía, bajo su refinamiento corriente, ese leve tinte de brutalidad autoritaria que confiere la posesión de habilidades sólo parcialmente difíciles: el destacar en los deportes, o en el arte de hacer dinero; el dominio fácil sobre los animales y sobre los hombres necesitados.

Regresaba a casa mucho antes de lo habitual, directamente desde la City y sin pasar por su club. Se tenía por bien relacionado, bien educado e inteligente. ¿Y quién no? Pero sus relaciones, su educación y su inteligencia estaban estrictamente a la par de las de los hombres con quienes hacía negocios o se divertía. Se había casado cinco años atrás. En aquel entonces, todos sus conocidos dijeron que estaba muy enamorado; y él mismo lo había dicho, con franqueza, porque está perfectamente admitido que todo hombre se enamora una vez en la vida —a no ser que su esposa muera, en cuyo caso volver a enamorarse puede resultar del todo encomiable. La muchacha era sana, alta, rubia y, en su opinión, bien relacionada, bien educada e inteligente. Estaba además profundamente hastiada de su hogar, donde su individualidad —de la que tenía plena conciencia— no tenía margen de expansión, como si la hubieran metido en una caja demasiado estrecha. Andaba como un granadero, era fuerte y erguida como un obelisco, tenía un rostro hermoso, una frente franca, ojos puros, y ni un pensamiento propio en la cabeza. Él cedió con prontitud ante todos aquellos encantos, y ella le pareció tan indudablemente de la especie apropiada que no vaciló ni un instante en declararse enamorado. Al amparo de esa sagrada y poética ficción la deseó con

arrogancia, por diversas razones; pero principalmente por la satisfacción de salirse con la suya. Fue muy obtuso y solemne al respecto —sin razón alguna en este mundo, a no ser para disimular sus sentimientos—, lo cual es cosa eminentemente correcta. Nadie, sin embargo, se habría escandalizado si hubiese descuidado ese deber, pues el sentimiento que experimentaba era en realidad un anhelo —un anhelo más intenso y un poco más complejo, sin duda, pero no más reprochable en su naturaleza que el apetito de un hombre hambriento por su cena.

Tras su boda se aplicaron, con señalado éxito, a ampliar el círculo de sus relaciones. Treinta personas les conocían de vista; veinte más, con efusivas muestras de afecto, toleraban su presencia ocasional en los umbrales hospitalarios; al menos cincuenta más tuvieron noticia de su existencia. Se movían en ese mundo ampliado entre hombres y mujeres perfectamente encantadores que temían la emoción, el entusiasmo o el fracaso más que el fuego, la guerra o las enfermedades mortales; que sólo toleraban las fórmulas más corrientes del pensamiento más corriente, y sólo reconocían los hechos lucrativos. Era una esfera extraordinariamente encantadora, el hogar de todas las virtudes, donde nada se realiza y donde todas las alegrías y todos los pesares se atemperan cuidadosamente en placeres y contratiempos. En esa región serena, pues, donde los sentimientos nobles se cultivan en abundancia suficiente para ocultar el materialismo implacable de los pensamientos y las aspiraciones, Alvan Hervey y su esposa pasaron cinco años de prudente dicha, sin que ninguna duda enturbiara la corrección moral de su existencia. Ella, para dar margen a su individualidad, se dedicó a toda suerte de obras filantrópicas y se hizo miembro de diversas sociedades de rescate y reforma patrocinadas o presididas por damas de título. Él se interesó activamente por la política; y tras conocer por pura casualidad a un hombre de letras —que, no obstante, estaba emparentado con un conde—, se dejó inducir a financiar un periódico de sociedad en las últimas. Era una publicación semi-política y del todo escandalosa, redimida por su excesiva tosquedad; y como era absolutamente carente de principios, como no contenía ningún pensamiento nuevo, como nunca, por azar, aparecía en sus páginas un destello de ingenio, sátira o indignación, él la juzgó, a primera vista, suficientemente respetable. Después, cuando resultó rentable, percibió sin tardanza que, en conjunto, era una empresa virtuosa. Le allanaba el camino de sus ambiciones; y gozaba además de esa clase especial de importancia que le reportaba su vínculo con lo que él imaginaba ser la literatura.

Ese vínculo amplió todavía más su mundo. Hombres que escribían o dibujaban primorosamente para el público acudían a veces a su casa, y su director venía con mucha frecuencia. Lo tenía por un tanto imbécil porque tenía unos dientes delanteros muy prominentes (lo correcto es tenerlos pequeños y uniformes) y llevaba el cabello un poco más largo que la mayoría de los hombres. Sin embargo, algunos duques llevan el cabello largo, y el individuo sabía indudablemente su oficio. Lo peor era que su gravedad, aunque perfectamente imponente, no era de fiar. Se sentaba, elegante y corpulento, en el salón, con el puño del bastón suspendido ante sus grandes dientes, y hablaba durante horas con una sonrisa de labios gruesos (nunca decía nada que pudiera considerarse objetable ni fuera de lugar), hablaba de un modo insólito, sin resultar irritante de manera obvia. Su frente era demasiado excelsa —insólitamente—, y bajo ella había una nariz recta, perdida entre unas mejillas lampiñas que describían una curva suave y desembocaban en una barbilla con la forma del extremo de una raqueta de nieve. Y en ese rostro que recordaba el de un bebé gordo y diabólicamente ladino relucía un par de ojos negros, sagaces, escrutadores e incrédulos. Escribía versos también. Bastante imbécil. Pero la pandilla de hombres que le seguía a la zaga de los faldones de su monumental levita parecía percibir cosas maravillosas en lo que decía. Alvan Hervey lo atribuía a la afectación. Esos artistas, en general, eran tan afectados. Con todo, todo aquello era muy correcto —muy útil para él—, y su esposa parecía disfrutarlo, como si también ella hubiese obtenido alguna ventaja concreta y secreta de esa conexión intelectual. Ella recibía a sus variados y decorosos invitados con una especie de gracia alta y majestuosa, peculiarmente suya, que despertaba en la mente de los extraños intimidados recuerdos incongruos e impropios de un elefante, una jirafa, una gacela; de una torre gótica, de un ángel descomunal. Sus jueves estaban haciéndose famosos en su mundo; y su mundo crecía sin pausa, anexionándose calle tras calle. Incluía también los Jardines de Alguien, un Creciente, un par de Plazas.

Así, Alvan Hervey y su esposa vivieron el uno junto al otro durante cinco años prósperos. Con el tiempo llegaron a conocerse suficientemente bien para todos los fines prácticos de semejante existencia, pero eran tan incapaces de verdadera intimidad como dos animales que se alimentan en el mismo pesebre, bajo el mismo techo, en un establo lujoso. Su anhelo quedó apaciguado y se convirtió en costumbre; y ella obtuvo su deseo: el deseo de escapar del techo paterno, de afirmar su individualidad, de moverse en su

propio ambiente (tan superior al de sus padres); de tener una casa propia, y la parte que a ella le correspondía del respeto, la envidia y el aplauso del mundo. Se entendían cautelosamente, tácitamente, como dos conspiradores prudentes en un complot lucrativo; porque ambos eran incapaces de contemplar un hecho, un sentimiento, un principio o una creencia de otro modo que no fuera a la luz de su propia dignidad, de su propia glorificación, de su propio provecho. Sobrevolaban la superficie de la vida cogidos de la mano, en una atmósfera pura y helada —como dos hábiles patinadores que trazan figuras sobre el hielo grueso para admiración de los espectadores, ignorando con desdén la corriente oculta, la corriente inquieta y oscura; la corriente de la vida, profunda y sin helar.

Alvan Hervey giró dos veces a la izquierda, una a la derecha, caminó a lo largo de dos lados de una plaza, en cuyo centro grupos de árboles de aspecto domesticado se hallaban en respetable cautividad tras las verjas de hierro, y llamó al timbre de su puerta. Abrió una doncella. Manía de su esposa, ésa: tener únicamente criadas. La muchacha, mientras le recogía el sombrero y el abrigo, le dijo algo que le hizo mirar el reloj. Eran las cinco, y su esposa no estaba en casa. No había nada de extraordinario en ello. —Sin té —dijo—, no, y subió la escalera.

Subió sin hacer ruido. Las varillas de latón relucían a lo largo de la alfombra roja. En el rellano del primer piso, una mujer de mármol, recatadamente cubierta desde el cuello hasta los pies con ropajes de piedra, avanzaba una hilera de dedos inertes hasta el borde del pedestal y extendía ciegamente un rígido brazo blanco que sostenía un racimo de luces. Tenía gustos artísticos, en casa. Pesadas cortinas recogidas ocultaban a medias los rincones oscuros. En el rico papel estampado de las paredes colgaban bocetos, acuarelas, grabados. Sus gustos eran decididamente artísticos. Viejas torres de iglesia asomaban sobre masas verdes de follaje; las colinas eran púrpuras, las arenas amarillas, los mares soleados, los cielos azules. Una joven reposaba con ojos soñadores en una barca amarrada, en compañía de una cesta de merienda, una botella de champán y un hombre enamorado con blazer. Muchachos con las piernas al aire coqueteaban dulcemente con doncellas andrajosas, dormían en escalones de piedra, jugueteaban con perros. Una muchacha patéticamente delgada, aplastada contra una pared en blanco, alzaba los ojos agonizantes y tendía una flor en venta; mientras que, cerca de

allí, las grandes fotografías de algunos famosos y mutilados bajorrelieves parecían representar una matanza convertida en piedra.

No miró, naturalmente, nada de nada, subió otro tramo de escalera y fue directamente al tocador. Un dragón de bronce, clavado por la cola a una ménsula, se retorció desde la pared en serenas espirales y sostenía, entre la ira convencional de sus fauces, una llama de gas tosca que recordaba a una mariposa. La habitación estaba vacía, como es natural; pero, al entrar él, se llenó de golpe de la agitación de mucha gente; porque las franjas de cristal en las puertas de los roperos y el gran espejo de cuerpo entero de su esposa lo reflejaban de pies a cabeza, y multiplicaban su imagen en una muchedumbre de imitadores serviles y caballerosos, vestidos exactamente como él; con los mismos gestos comedidos y escasos; que se movían cuando él se movía, se detenían con él en una inmovilidad obsequiosa, y mostraban justamente tal apariencia de vida y sentimiento como él juzgaba digno y prudente que cualquier hombre manifestara. Y como las personas reales que son esclavas de pensamientos comunes que ni siquiera son los suyos, fingían una sombría independencia mediante la variedad superficial de sus movimientos. Se movían juntos con él; pero unos se acercaban a su encuentro y otros se alejaban de él; aparecían, desaparecían; parecían esquivar los muebles de nogal, para ser vistos de nuevo, en la lejanía de los cristales pulidos, moviéndose nítidos e irreales en la convincente ilusión de una habitación. Y como los hombres que él respetaba, se podía confiar en que no harían nada individual, original ni sorprendente: nada imprevisto y nada impropio.

Deambuló un rato sin rumbo en tan buena compañía, tarareando una melodía popular aunque refinada, y pensando vagamente en una carta de negocios del extranjero que debería contestarse al día siguiente con cautelosas evasivas. Luego, mientras caminaba hacia un ropero, vio aparecer a su espalda, en el espejo alto, el ángulo del tocador de su esposa, y entre el destello de los objetos con monturas de plata que había sobre él, el cuadrado parche blanco de un sobre. Era algo tan insólito de ver allí que se dio la vuelta casi antes de haber reparado en su propia sorpresa; y todos los hombres fingidos que lo rodeaban giraron sobre sus talones; todos parecieron sorprenderse; y todos se movieron con rapidez hacia sobres encima de tocadores.

Reconoció la letra de su esposa y vio que el sobre iba dirigido a él mismo. Murmuró: —Qué cosa tan rara—, y sintió contrariedad. Al margen de

que cualquier acción extravagante fuera en sí misma esencialmente una indecencia, el hecho de que su esposa se entregara a ella la hacía doblemente ofensiva. Que le escribiera a él, cuando ella sabía que llegaría a casa para cenar, era del todo ridículo; pero que lo dejara así —como evidencia para un descubrimiento casual— le pareció tan escandaloso que, al pensarlo, experimentó de repente un abrumador sentido de inseguridad, un absurdo y extraño destello de la idea de que la casa se había movido un poco bajo sus pies. Rasgó el sobre, echó una ojeada a la carta y se sentó en una silla cercana.

Sostuvo el papel ante los ojos y contempló media docena de líneas garabateadas en la página, mientras lo aturdía un ruido sin sentido y violento, como el entrechocar de gongs o el redoble de tambores; un gran estrépito sin objeto que, de algún modo, le impedía escuchar sus propios pensamientos y dejaba su mente en un blanco absoluto. Ese tumulto absurdo y perturbador parecía rezumar de las palabras escritas, brotar de entre sus propios dedos, que temblaban sosteniendo el papel. Y de repente soltó la carta como si fuera algo ardiente, o venenoso, o inmundado; y precipitándose hacia la ventana con la irreflexiva premura de un hombre deseoso de dar la voz de alarma por un incendio o un asesinato, la abrió de golpe y asomó la cabeza.

Una ráfaga de viento helado, que vagaba por la húmeda y tiznada oscuridad sobre el erial de tejados y chimeneas, le rozó el rostro con un latigazo pegajoso. Vio una oscuridad ilimitada en la que se alzaba un negro revoltijo de muros, y entre ellos, las hileras de farolas de gas se extendían a lo lejos en largas filas, como cuentas de fuego ensartadas. Un resplandor siniestro, como de una conflagración oculta, iluminaba débilmente desde abajo la niebla que caía sobre un mar ondulante e inmóvil de tejas y ladrillos. Al chirrido de la ventana abierta, el mundo pareció saltar de la noche y plantarle cara, mientras hasta sus oídos ascendía un sonido vasto y tenue; el sordo murmullo de algo inmenso y vivo. Lo penetró con una sensación de consternación y jadeó en silencio. Desde la parada de coches de punto en la plaza llegaron voces roncas bien distintas y una risa burlona que sonó ominosamente áspera y cruel. Sonó amenazante. Retiró la cabeza, como ante un golpe apuntado, y cerró la ventana de un golpe. Dio unos pasos, tropezó con una silla, y con gran esfuerzo se rehízo para apoderarse de cierto pensamiento que daba vueltas sueltas por su cabeza.

Lo atrapó por fin, tras mayor esfuerzo del que esperaba; estaba sofocado y resoplaba un poco, como si lo hubiera cazado con las manos, pero su dominio mental sobre él era débil, tan débil que juzgó necesario repetirlo en voz alta —oírlo pronunciado con firmeza— para asegurarse una posesión perfecta. Pero le repugnaba oír su propia voz —oír cualquier sonido—, a causa de una vaga creencia que iba tomando forma lentamente dentro de él: que la soledad y el silencio son las mayores felicidades del género humano. Al momento siguiente se le reveló que son perfectamente inalcanzables; que los rostros han de verse, las palabras decirse, los pensamientos oírse. ¡Todas las palabras, todos los pensamientos!

—Se ha ido —dijo con voz bien clara, mirando la alfombra.

Era terrible, no el hecho sino las palabras; las palabras cargadas del sombrío poder de un significado que parecía poseer la tremenda capacidad de invocar al Destino sobre la tierra, como esas palabras extrañas y espantosas que a veces se oyen en sueños. Vibraban en torno a él en una atmósfera metálica, en un espacio que tenía la dureza del hierro y la resonancia de una campana de bronce. Mirando hacia abajo entre las puntas de sus botas, parecía escuchar pensativamente la ola de sonido que se retiraba; la ola que se extendía en un círculo cada vez más amplio, abarcando calles, tejados, campanarios, campos, y que se alejaba ensanchándose sin fin, lejos, muy lejos, donde él ya no podía oír, donde ya no podía imaginarse nada, donde...

—Y... con ese... imbécil —volvió a decir sin moverse lo más mínimo. Y no había nada más que humillación. Nada más. No podía derivar ningún consuelo moral de ningún aspecto de la situación, que irradiaba dolor por todas partes y sólo dolor. Dolor. ¿De qué clase de dolor? Se le ocurrió que debería sentirse desgarrado; pero en un instante brevísimo percibió que su sufrimiento no era de una índole tan fútil ni tan digna. Era un asunto del todo más grave, y participaba más bien de la naturaleza de esos sentimientos sutiles y crueles que despiertan una patada o una tanda de azotes.

Se sintió muy mal, físicamente mal, como si hubiera mordido algo nauseabundo. La vida, que para una mente bien ordenada debería ser motivo de satisfacción, le pareció, por unos instantes, perfectamente intolerable. Recogió el papel del suelo, se sentó con el deseo de razonarlo, de entender por qué su esposa —¡su esposa!— habría de abandonarle, habría de arrojar el respeto, la comodidad, la paz, la decencia, la posición; arrojar todo por

nada. Se puso a reflexionar sobre la lógica oculta de su acto —una empresa mental propia de las horas de ocio de un manicomio, aunque él no podía verlo. Y pensó en su esposa en todas sus relaciones, salvo en la única fundamental. Pensó en ella como en una muchacha bien criada, como esposa, como persona culta, como señora de la casa, como dama; pero ni por un momento pensó en ella, simplemente, como mujer.

Luego una nueva ola, una ola furiosa de humillación, lo recorrió, y no dejó allí nada más que un sentido personal de envilecimiento innecesario. ¿Por qué había de verse él mezclado en semejante escándalo? Aniquilaba todas las ventajas de su ordenado pasado, con una verdad eficaz e injusta como una calumnia; y el pasado quedaba malgastado. Se revelaba su fracaso —un fracaso claro, de su parte, en ver, en proteger, en comprender. No podía negarse; no podía explicarse, barrerse bajo la alfombra. No podía sentarse encima de ello y poner cara grave. Ahora bien: ¡si ella sólo hubiera muerto!

¡Si ella sólo hubiera muerto! Se veía impelido a envidiar semejante luto respetable, y tan perfectamente libre de cualquier mácula de desgracia, que ni su mejor amigo ni su peor enemigo habrían sentido el menor estremecimiento de regocijo. A nadie le habría importado. Buscó consuelo aferrándose a la contemplación del único hecho de la vida que los esfuerzos resueltos de la humanidad nunca habían dejado de disfrazar bajo el estrépito y el esplendor de las frases. Y nada se presta más a la mentira que la muerte. ¡Si ella sólo hubiera muerto! Ciertas palabras le habrían dicho en tono triste, y él, con la fortaleza apropiada, habría dado las respuestas apropiadas. Había precedentes para tal ocasión. Y a nadie le habría importado. ¡Si ella sólo hubiera muerto! Las promesas, los terrores, las esperanzas de la eternidad son asunto de los muertos corrompidos; pero la dulzura evidente de la vida pertenece a los hombres vivos y sanos. Y la vida era su asunto: esa existencia cuerda y gratificante, no turbada por demasiado amor ni por demasiado pesar. Ella había interferido en ella; la había afrentado. Y de repente se le ocurrió que debía de haber estado loco para casarse. Era demasiado parecido a entregarse uno mismo, a llevar —aunque sólo fuera por un momento— el corazón en la manga. Pero todo el mundo se casaba. ¿Estaba loco el género humano entero?

Sobresaltado por aquel pensamiento, alzó la vista y vio, a la izquierda, a la derecha, al frente, hombres sentados a lo lejos en sillones que lo miraban

con ojos extraviados: emisarios de una humanidad turbada que se entrometían a espiar su dolor y su humillación. Era insoportable. Se puso en pie de un salto, y los demás se incorporaron también, por todas partes. Se quedó inmóvil en el centro de la sala, como si los desanimase aquella vigilancia. ¡Sin escapatoria! Sintió algo cercano a la desesperación. Todo el mundo lo sabría. Los criados lo sabrían esa misma noche. Apretó los dientes... Y él nunca se había dado cuenta, nunca había sospechado nada. Todo el mundo lo sabría. Pensó: —La mujer es un monstruo, pero todos me van a tomar por un necio; y, plantado e inmóvil en medio de los severos muebles de nogal, sintió tal tempestad de angustia en su interior que creyó verse a sí mismo revolcándose por la alfombra, dándose cabezazos contra la pared. Le asqueaba él mismo, le asqueaba aquel oleaje repugnante de emoción que atravesaba todas las reservas que salvaguardaban su virilidad. Algo desconocido, marchitante y venenoso, había penetrado en su vida, había pasado junto a él, lo había rozado, y él estaba deteriorándose. Estaba horrorizado. ¿Qué era aquello? Ella se había ido. ¿Por qué? Le estallaba la cabeza en el esfuerzo por comprender el acto de ella y el sutil horror que le inspiraba. Todo había cambiado. ¿Por qué? Solo una mujer que se había marchado, al fin y al cabo; y sin embargo tuvo una visión, una visión rápida y nítida como un sueño: la visión de todo aquello que había creído indestructible y seguro en el mundo desplomándose a su alrededor, como los muros sólidos ante el furioso aliento de un huracán. Miraba fijamente, temblando de pies a cabeza, mientras sentía el aliento destructor, el aliento misterioso, el aliento de la pasión, agitar la honda paz de la casa. Miró en derredor, atemorizado. Sí. El crimen puede perdonarse; el sacrificio irreflexivo, la confianza ciega, la fe ardiente, otras locuras, pueden convertirse en algo provechoso; el sufrimiento, incluso la muerte, pueden despacharse con una sonrisa o un ceño; pero la pasión es la infamia imperdonable y secreta de nuestros corazones, algo que maldecir, ocultar y negar; algo desvergonzado y desamparado que pisotea las risueñas promesas, que arranca la plácida máscara, que desnuda el cuerpo de vida. ¡Y había llegado hasta él! Había posado su mano sucia sobre los impecables ropajes de su existencia, y él debía enfrentarse a ello solo, con el mundo entero mirando. ¡El mundo entero! Y pensó que la sola sospecha de tal adversario dentro de su hogar traía consigo una mancha y una condena. Extendió ambas manos como para repeler el reproche de una verdad contaminante; e, instantáneamente, el pasmado conclave de hombres

irreales, que permanecían de pie en silencio más allá del nítido brillo de los espejos, le devolvió el mismo gesto de rechazo y horror.

Lanzó miradas vanas a un lado y a otro, como un hombre que busca desesperadamente un arma o un escondrijo, y comprendió por fin que estaba desarmado y acorralado por el enemigo que, sin ningún escrúpulo, golpearía de tal modo como para abrirle el corazón en canal. No podía encontrar ayuda en ninguna parte, ni siquiera orientarse a sí mismo, porque en el repentino golpe de su abandono los sentimientos que él sabía que, en fidelidad a su educación, a sus prejuicios y a su entorno, debería experimentar, se hallaban tan entremezclados con la novedad de sentimientos reales, de sentimientos fundamentales que nada saben de credos, de clase ni de instrucción, que era incapaz de distinguir con claridad entre lo que es y lo que debería ser; entre la verdad inexcusable y las apariencias válidas. Y supo de manera instintiva que la verdad no le serviría de nada. Alguna forma de ocultamiento le parecía una necesidad, porque uno no puede explicarse. ¡Por supuesto que no! ¿Quién escucharía? Bastaba simplemente con ser intachable e irreprochable para conservar el propio lugar en la primera fila de la vida.

Se dijo a sí mismo: —Tengo que sobreponerme como pueda—, y empezó a recorrer la habitación de un extremo a otro. ¿Y qué ahora? ¿Qué había que hacer? Pensó: —Viajaré... No, no lo haré. Lo afrontaré. Y tras aquella resolución lo animó bastante la reflexión de que sería un papel callado y fácil de representar, pues era poco probable que nadie fuera a conversar con él sobre la abominable conducta de... aquella mujer. Se decía que la gente decente —y no conocía otra— no gustaba de hablar de asuntos tan indecorosos. Ella se había escapado con ese asno gordo de periodista. ¿Por qué? Él había sido todo lo que un marido debe ser. Le había dado una buena posición —ella compartía sus perspectivas—, la había tratado siempre con gran consideración. Repasó su conducta con una especie de lúgubre orgullo. Había sido irreprochable. ¿Entonces por qué? ¿Por amor? ¡Profanación! No podía haber amor en aquello. Un vergonzoso impulso de pasión. Sí, pasión. ¡Su propia esposa! ¡Dios mío!... Y el aspecto indecoroso de su desventura doméstica lo golpeó con tal vergüenza que, al instante siguiente, se sorprendió cavilando absurdamente sobre si no sería más digno para él inducir la creencia general de que tenía por costumbre pegar a su esposa. Algunos lo hacen... y cualquier cosa sería mejor que el asqueroso hecho; pues estaba claro que había convivido con la raíz de aquello durante cinco años, y era demasiado

vergonzoso. ¡Cualquier cosa! ¡Cualquier cosa! La brutalidad... Pero desistió enseguida y empezó a pensar en el Tribunal de Divorcio. No se le presentaba, a pesar de su respeto por la ley y los usos sociales, como un refugio apropiado para el dolor digno. Le parecía más bien una caverna inmundada y siniestra adonde el destino adverso arrastraba a hombres y mujeres para que se retorciesen ridículamente ante una verdad sin concesiones. No debería permitirse tal cosa. ¡Esa mujer! Cinco... años... casado cinco años... y no haberse dado cuenta de nada. Hasta el último día no... no hasta que ella se marchó tan tranquilamente. Y se figuró a todas las personas que conocía especulando sobre si durante todo ese tiempo él había estado ciego, había sido un necio o había estado obcecado. ¡Vaya mujer! ¿Ciego?... En absoluto. ¿Podría un hombre de mente limpia imaginarse semejante depravación? Evidentemente no. Respiró con alivio. Era la actitud que debía adoptarse; era suficientemente digna; le daba ventaja, y no pudo evitar advertir que era moral. Anhelaba de manera genuina ver la moralidad —encarnada en su persona— triunfar ante el mundo. En cuanto a ella, sería olvidada. Que la olvidaran, que la enterraran en el olvido, ¡que se perdiera! Nadie haría alusión... La gente refinada —y todo hombre y mujer que él conocía podía ser así descrita— tenía, naturalmente, horror a tales asuntos. ¿Lo tenía? Oh, sí. Nadie la mencionaría... en su presencia. Dio un zapatazo en el suelo, rasgó la carta en dos, luego otra vez y otra. La idea de los amigos que le darían el pésame le encendió una furia de desconfianza. Arrojó al suelo los pequeños trozos de papel. Estos aterrizaron revoloteando a sus pies y destacaban muy blancos sobre la alfombra oscura, como un puñado de copos de nieve esparcidos.

A aquel acceso de rabia ardiente le siguió una tristeza repentina, el paso sombrío de un pensamiento que recorrió la superficie calcinada de su corazón, como sobre una llanura yerma, y tras un embate más feroz de rayos solares, la melancólica y refrescante sombra de una nube. Comprendió que había recibido un golpe, no un zarpazo violento y desgarrador que pueda verse, resistirse, devolverse, olvidarse, sino una estocada, insidiosa y penetrante, que había removido todos aquellos sentimientos, ocultos y crueles, que las artes del diablo, los miedos de la humanidad —la infinita compasión de Dios, quizás— mantienen encadenados en lo más hondo del inescrutable crepúsculo de nuestros pechos. Un telón oscuro pareció alzarse ante él, y durante menos de un segundo contempló el misterioso universo del sufrimiento moral. Como un paisaje que aparece completo, vasto y vívido bajo

un relámpago, así pudo ver revelada en un instante toda la inmensidad del dolor que puede albergar un breve momento del pensamiento humano. Luego el telón cayó de nuevo, pero aquella visión fugaz dejó en la mente de Alvan Hervey una estela de tristeza invencible, una sensación de pérdida y de amarga soledad, como si lo hubiesen despojado y desterrado. Por un momento dejó de ser un miembro de la sociedad con una posición, una carrera y un nombre adherido a todo ello, como la etiqueta descriptiva de algún compuesto complicado. Era un simple ser humano arrancado del delicioso mundo de las medialunas y las plazas. Estaba solo, desnudo y atemorizado, como el primer hombre en el primer día del mal. Hay en la vida sucesos, contactos, destellos, que parecen poner bruscamente término a todo el pasado. Hay un golpe y un estrépito, como el de una verja que se cierra de un portazo a nuestras espaldas por la mano páfida del destino. Ve a buscar otro paraíso, necio o sabio. Hay un momento de mudo estupor, y los errantes deben recomenzar sus vagabundeos; la dolorosa justificación de los hechos, el febril rastreo de ilusiones, el cultivo de una cosecha nueva de mentiras con el sudor de la frente, para sostener la vida, hacerla soportable, hacerla hermosa, a fin de entregar intacta a otra generación de ciegos vagabundos la encantadora leyenda de un país sin entrañas, de una tierra prometida toda flores y bendiciones...

Volvió en sí con un leve sobresalto y tomó conciencia de una desolación opresiva y aplastante. Era solo un sentimiento, cierto es, pero producía en él un efecto físico, como si le hubieran aprisionado el pecho en un torno. Se sentía tan sumamente abandonado y lamentable, y le conmovía tan hondamente aquella pena opresiva, que otra vuelta de tuerca, pensaba, le haría brotar las lágrimas. Se estaba deteriorando. Cinco años de vida en común habían apaciguado su anhelo. Sí, hacía ya mucho tiempo. Los primeros cinco meses habían bastado para eso, pero... Estaba la costumbre, la costumbre de su persona, de su sonrisa, de sus gestos, de su voz, de su silencio. Tenía una frente pura y buen cabello. Qué absolutamente miserable era todo aquello. Buen cabello y unos ojos hermosos, extraordinariamente hermosos. Le sorprendió el número de detalles que se imponían en su memoria reacia. No podía evitar recordar sus pasos, el frufrú de su vestido, su manera de sostener la cabeza, su forma decidida de decir Alvan, el temblor de sus aletas nasales cuando estaba irritada. ¡Todo aquello había sido tan plenamente suyo, tan íntima y singularmente suyo! Rabiaba de un modo sombrío y silencioso mientras pasaba revista a sus pérdidas. Era como un hombre que calcula el

coste de una especulación desafortunada: irritado, abatido, exasperado consigo mismo y con los demás, con los afortunados, con los indiferentes, con los insensibles; y sin embargo el agravio que le habían infligido le parecía tan cruel que quizás habría derramado una lágrima sobre aquel expolio de no haber sido por su convicción de que los hombres no lloran. Los extranjeros sí; a veces también matan en tales circunstancias. Y con horror se vio impulsado a lamentar casi que los usos de una sociedad dispuesta a perdonar que se disparara a un ladrón le prohibiesen, en tales circunstancias, incluso el mero pensamiento del asesinato. No obstante, apretó los puños y cerró los dientes con fuerza. Y al mismo tiempo tenía miedo. Tenía ese miedo penetrante y vacilante que parece, en el preciso latido de un corazón, convertirlo en un puñado de polvo. La contaminación de su crimen se extendía, manchaba el universo, lo manchaba a él; despertaba todas las infamias latentes del mundo; provocaba una especie de clarividencia espantosa en la que podía ver las ciudades y los campos de la tierra, sus lugares sagrados, sus templos y sus casas, poblados por monstruos: monstruos de duplicidad, lujuria y asesinato. Ella era un monstruo; él mismo tenía pensamientos monstruosos... y sin embargo era como los demás. Cuántos hombres y mujeres en ese mismo momento estaban sumidos en abominaciones, meditaban crímenes. Era espantoso pensarlo. Recordó todas las calles, las calles acomodadas por las que había pasado de camino a casa; todas las innumerables casas con puertas cerradas y ventanas con cortinas. Cada una le parecía ahora una morada de angustia y necesidad. Y su pensamiento, como consternado, se detuvo, evocando con horror el silencio decoroso y espantoso que era como una conspiración; el silencio sombrío e impenetrable de kilómetros de muros que ocultaban pasiones, miserias, pensamientos de crimen. Sin duda no era el único hombre; la suya no era la única casa... y sin embargo nadie lo sabía, nadie lo sospechaba. Pero él sí sabía. Lo sabía con una certeza infalible que no podía engañarse con el correcto silencio de los muros, de las puertas cerradas, de las ventanas con cortinas. Estaba fuera de sí con una agitación desesperada, como un hombre al que se le ha revelado un secreto mortal: el secreto de una calamidad que amenazaba la seguridad de la humanidad, la sacralidad, la paz de la vida.

Se vio a sí mismo en uno de los espejos. Fue un alivio. La angustia de sus sentimientos había sido tan poderosa que casi esperaba ver allí algún rostro contorsionado y salvaje, y le agradó comprobar que no era así en absoluto. Su aspecto, en todo caso, no revelaría a nadie el secreto de su dolor. Se exa-

minó con atención. Llevaba los pantalones doblados y las botas algo embarradas, pero tenía el mismo aspecto de siempre. Solo el cabello estaba ligeramente revuelto, y ese desorden, de algún modo, era tan sugerente de perturbación que se dirigió rápidamente a la mesa y empezó a usar los cepillos, con el ansioso deseo de borrar aquella huella comprometedora, aquel único vestigio de su emoción. Cepilló con cuidado, observando el efecto de su alisado; y otro rostro, ligeramente pálido y más tenso de lo que quizás sería deseable, lo miraba fijamente desde el espejo del tocador. Dejó los cepillos y no quedó satisfecho. Los volvió a tomar y cepilló, cepilló mecánicamente, se olvidó de sí mismo en aquella ocupación. El tumulto de sus pensamientos desembocó en un fluir perezoso de reflexión, como, tras la erupción de un volcán, el avance casi imperceptible de una corriente de lava que se arrastra lánguidamente sobre una tierra convulsa y borra sin piedad cualquier punto de referencia dejado por el golpe del terremoto. Es un fenómeno destructivo, pero, en comparación, es pacífico. Alvan Hervey estaba casi calmado por el ritmo pausado de sus pensamientos. Sus referentes morales iban desapareciendo uno a uno, consumidos en el fuego de su experiencia, enterrados en barro caliente, en cenizas. Se estaba enfriando, en la superficie; pero quedaba calor suficiente en algún lugar como para hacerle golpear los cepillos contra la mesa y, dándose la vuelta, decir en un feroz susurro: —Que le aproveche... Maldita sea la mujer.

Se sentía enteramente corrompido por la maldad de ella, y el síntoma más significativo de su caída moral era la satisfacción amarga, acre, con que la reconocía. Deliberadamente, blasfemó en sus pensamientos; meditó burlas; dio forma en el silencio profundo a palabras de incredulidad cínica, y sus convicciones más apreciadas se revelaron por fin como los estrechos prejuicios de los necios. Una multitud de pensamientos informes e impuros cruzó su mente en una oleada furtiva, como una banda de malhechores encubiertos que se precipitan hacia un crimen. Metió las manos bien hondo en los bolsillos. Oyó un timbrazo lejano en algún lugar, y masculló para sí: —No soy el único... no el único. Hubo otro timbrazo. ¡La puerta de la calle!

El corazón le dio un brinco hasta la garganta y al instante descendió hasta los pies. ¡Una visita! ¿Quién? ¿Por qué? Quería salir corriendo al descansillo y gritarle al criado: —¡No estoy! ¡He salido al extranjero!... Cualquier excusa. No podía hacer frente a ninguna visita. Esta noche no. No. Mañana... Antes de que pudiera liberarse del entumecimiento que lo envol-

vía como una lámina de plomo, oyó muy abajo, como en las entrañas de la tierra, una puerta que se cerraba pesadamente. La casa vibró con ello más que con un trueno. Se quedó inmóvil, deseando ser invisible. La habitación estaba muy fría. No creía que llegaría a sentirse así nunca. Pero había que recibir a la gente, había que hacerles frente, hablar con ellos, sonreírles. Oyó otra puerta, mucho más cercana —la puerta del salón—, que se abría y volvía a cerrarse de golpe. Por un momento imaginó que iba a desmayarse. ¡Qué absurdo! Ese tipo de trances había que superarlos. Una voz habló. No pudo distinguir las palabras. Luego la voz volvió a hablar, y se oyeron pasos en el descansillo del primer piso. ¡Maldita sea! ¿Iba a oír esa voz y esos pasos cada vez que alguien hablara o se moviera? Pensó: —Esto es como estar embrujado. Supongo que durará una semana más o menos, por lo menos. Hasta que lo olvide. ¡Olvidar! ¡Olvidar! Alguien subía el segundo tramo de escaleras. ¿El criado? Escuchó; luego, de repente, como si una revelación increíble y espantosa le hubiera sido gritada desde lejos, rugió en la habitación vacía: —¡Cómo! ¡Cómo!, con un tono tan endiablado que se asombró a sí mismo. Los pasos se detuvieron al otro lado de la puerta. Se quedó boquiabierto, enloquecido e inmóvil, como en medio de una catástrofe. El pomo de la puerta tintineó suavemente. Le pareció que las paredes se separaban, que los muebles se tambaleaban hacia él; el techo se inclinó de manera extraña por un instante, un armario alto intentó volcarse. Se aferró a algo, y era el respaldo de una silla. ¡De modo que había tropezado con una silla! ¡Oh! ¡Maldición! Se agarró con fuerza.

La mariposa llameante suspendida entre las fauces del dragón de bronce irradiaba un resplandor, un resplandor que pareció saltar de repente hacia una fiereza cruda y cegadora, y le dificultaba distinguir con claridad la figura de su esposa, de pie y erguida, de espaldas a la puerta cerrada. La miró y no pudo percibir su respiración. La luz dura y violenta golpeaba sobre ella, y le asombró ver que conservaba tan bien la compostura de su actitud erguida en aquel brillo abrasador que, a sus ojos, la envolvía como una bruma cálida y consumidora. No se habría sorprendido si ella hubiera desaparecido en él tan de repente como había aparecido. La miraba fijamente y escuchaba; escuchaba algún sonido, pero el silencio a su alrededor era absoluto, como si en un instante se hubiera vuelto completamente sordo y de vista borrosa también. Luego le volvió el oído, agudizado de manera sobrenatural. Oyó el repiqueteo de un chubasco en los cristales de las ventanas tras las persianas bajadas, y abajo, muy abajo, en el abismo artificial de la plaza, el

sordo rodar de las ruedas y el trote chapoteante de un caballo. Oyó también un gemido, muy nítido, en la habitación, muy cerca de su oído.

Pensó con alarma: —Ese ruido debo de haberlo hecho yo; y en ese mismo instante la mujer se apartó de la puerta, cruzó el suelo con paso firme ante él y se sentó en una silla. Conocía ese paso. No cabía duda. ¡Había vuelto! Y estuvo a punto de decir en voz alta: —¡Claro!, tal era su repentina y certera percepción del carácter indestructible de su ser. Nada podía destruirla, y nada salvo su propia destrucción podría mantenerla alejada. Era la encarnación de todos los breves momentos que todo hombre sustrae de su vida para los sueños, para los sueños preciosos que concretan las más apreciadas, las más rentables de sus ilusiones. La escrutó con trepidación interna. Era misteriosa, significativa, llena de un sentido oscuro, como un símbolo. La escrutó, inclinándose hacia delante, como si estuviera descubriendo en ella cosas que nunca había visto antes. Inconscientemente dio un paso hacia ella, luego otro. Vio que su brazo hacía un movimiento amplio y decidido y se detuvo. Ella había levantado el velo. Era como el alzamiento de una visera.

El hechizo se había roto. Experimentó una sacudida como si lo hubieran arrancado de un trance con el ruido repentino de una explosión. Era aún más sobresaltante y más nítido; era un cambio infinitamente más íntimo, pues tenía la sensación de haber entrado en aquella habitación solo en ese preciso momento; de haber regresado de muy lejos; advirtió que alguna parte esencial de sí mismo había regresado en un destello a su cuerpo, regresado por fin de una región feroz y lamentable, de la morada de los corazones sin velo. Despertó a una asombrosa infinitud de desprecio, a una extraña amargura de asombro, a una convicción desencantada de seguridad. Había vislumbrado la fuerza irresistible, y vio también la esterilidad de sus convicciones, de las convicciones de ella. Le pareció que nunca podría equivocarse mientras viviera. Era moralmente imposible equivocarse. No lo euforizaba aquella certeza; sentía una vaga inquietud por su precio; había un frío de muerte en aquel triunfo de principios sólidos, en aquella victoria arrebatada a la sombra misma del desastre.

El último rastro de su estado mental anterior se desvaneció, igual que se desvanece en la profunda negrura del cielo el trazo instantáneo y fugaz de un meteoro al estallar; era el tenue destello de un pensamiento doloroso, desvanecido en el mismo instante de percibirse: que solo la presencia de

ella —al fin y al cabo— tenía el poder de devolverle a sí mismo. La miró fijamente. Ella estaba sentada con las manos en el regazo, con la vista baja; y él reparó en que los botines le estaban sucios y las faldas mojadas y salpicadas, como si un miedo ciego la hubiera arrastrado de vuelta hasta allí a través de un lodazal. Estaba indignado, asombrado y consternado, pero de un modo natural, sano; de suerte que podía dominar aquellos sentimientos estériles siguiendo los dictados de una prudente contención. La luz de la habitación ya no poseía aquella luminosidad inusitada; era una buena luz bajo la que podía observar con facilidad la expresión del rostro de ella. Era la del cansancio embotado. Y el silencio que los rodeaba era el silencio normal de cualquier casa tranquila, apenas turbado por los tenues ruidos de un barrio respetable de la ciudad. Estaba muy sereno —y con toda serenidad pensó que sería mucho mejor que ninguno de los dos volviera a hablar jamás. Ella permanecía sentada con los labios apretados, con un aire de lasitud en el pétreo abandono de su postura, pero al cabo de un momento alzó los párpados caídos y respondió a su mirada tensa e inquisitiva con una mirada que tenía toda la elocuencia informe de un grito. Penetraba, conmovía sin informar; era la esencia misma de la angustia desprovista de palabras —de esas palabras ante las que uno puede sonreír, que se pueden rebatir con argumentos, acallar a gritos, desdeñar—. Era una angustia desnuda y sin pudor, el dolor puro de la existencia desatado sobre el mundo en la fugaz sinceridad de una mirada que contenía una inmensidad de fatiga, la sinceridad desdeñosa, la negra desvergüenza de una confesión arrancada a la fuerza. Alvan Hervey quedó preso del estupor, como si hubiera contemplado algo inconcebible; y alguna parte oscura de su ser estaba a punto de exclamar con él: ¡Nunca lo hubiera creído! Pero una repulsión instantánea de susceptibilidades heridas cortó el pensamiento inacabado.

Se sintió lleno de una indignación rencorosa contra la mujer que era capaz de mirarte así. Aquella mirada le sondeaba; lo alteraba. Era peligrosa como lo sería para uno un susurro de incredulidad musitado por un sacerdote en el augusto decoro de un templo; y al mismo tiempo era impura, era perturbadora, como un consuelo cínico murmurado en la oscuridad, que envenena la pena, corroe el pensamiento, enturbia el corazón. Quería preguntarle con furia: ¿Quién te crees que soy? ¿Cómo te atreves a mirarme así? Se sentía impotente ante el significado oculto de esa mirada; la resentía con una violencia dolorosa y vana, como una afrenta tan secreta que jamás, jamás podría repararse. Su deseo era aplastarla con una sola frase. Él estaba

intachable. La opinión pública estaba de su lado; la moral, los hombres y los dioses estaban de su lado; la ley, la conciencia... ¡el mundo entero! Ella no tenía nada salvo esa mirada. Y él solo fue capaz de decir:

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte aquí?

Sus ojos no vacilaron, sus labios permanecieron cerrados; en cuanto al efecto de sus palabras, bien podría haberle hablado a una mujer muerta, solo que esta respiraba con rapidez. Quedó profundamente decepcionado con lo que había dicho. Era una gran decepción, algo que tenía el carácter de una traición. Se había traicionado a sí mismo. Debería haber sido completamente distinto: otras palabras, otra sensación. Y ante sus ojos, tan fijos que a veces no veían nada, ella permanecía sentada aparentemente tan ajena como si hubiera estado sola, enviándole directamente esa mirada de descarada confesión, con un aire de quien mira al vacío. Dijo con intención:

—¿Debo marcharme yo, entonces? Y sabía que no decía en serio nada de lo que insinuaba.

Una de las manos que tenía en el regazo se movió levemente, como si sus palabras hubieran caído allí y ella las hubiera arrojado al suelo. Pero su silencio le animaba. Tal vez significaba remordimiento, quizá miedo. ¿La habría dejado atónita su actitud?... Los párpados de ella cayeron. Le parecía comprender muchísimo, ¡todo! Muy bien, pero ella tenía que sufrir. Era lo que se le debía. Lo comprendía todo, y aun así juzgó indispensable decir con una evidente afectación de cortesía:

—No entiendo... ten la bondad de...

Ella se puso en pie. Por un instante creyó que pretendía marcharse, y fue como si alguien hubiera tirado bruscamente del hilo atado a su corazón. Le dolió. Se quedó boquiabierto y en silencio. Pero ella dio un paso indeciso hacia él, e instintivamente él se apartó a un lado. Se encontraban frente a frente, y los fragmentos de la carta rota yacían entre ellos —a sus pies— como un obstáculo insuperable, ¡como una señal de separación eterna! A su alrededor, tres parejas más permanecían inmóviles y frente a frente, como aguardando una señal para emprender alguna acción: una lucha, una disputa o un baile.

—No... Alvan —dijo ella, y había algo parecido a una advertencia en el dolor de su tono. Él entornó los ojos como intentando traspasarla con la mi-

rada. Su voz le conmovió. Tenía aspiraciones de magnanimidad, generosidad, superioridad, interrumpidas, no obstante, por destellos de indignación y angustia: una angustia aterradora por saber hasta dónde había llegado ella. Ella miró hacia abajo, al papel roto. Luego levantó la vista, y sus miradas se encontraron de nuevo, quedaron unidas entre sí como un vínculo irrompible, como el cierre de una complicidad eterna; y el silencio decoroso, la quietud generalizada de la casa que envolvía ese cruce de miradas se volvió por un instante indeciblemente sórdido, pues él temía que ella dijera demasiado y tornara imposible la magnanimidad, mientras que detrás de la profunda tristeza del rostro de ella había un arrepentimiento —un arrepentimiento de lo hecho—, el arrepentimiento de la demora, el pensamiento de que si tan solo hubiera dado media vuelta una semana antes, un día antes, solo una hora antes... Tenían miedo de escuchar de nuevo el sonido de sus voces; no sabían qué podrían decir, tal vez algo que no podría deshacerse; y las palabras son más terribles que los hechos. Pero la páfida fatalidad que acecha en los impulsos oscuros habló de pronto por los labios de Alvan Hervey; y oyó su propia voz con la curiosidad excitada y escéptica con que uno escucha las voces de los actores hablando en escena en la tensión de una situación conmovedora.

—Si has olvidado algo... claro... yo...

Los ojos de ella brillaron hacia él por un instante; sus labios temblaron, y entonces también ella se convirtió en portavoz de la fuerza misteriosa que se cierne eternamente cerca de nosotros; de esa inspiración perversa, errante, caprichosa e incontrolable como una ráfaga de viento.

—¿De qué sirve esto, Alvan?... Sabes por qué volví... Sabes que no podía...

Él la interrumpió con irritación.

—Entonces, ¿qué es esto? —preguntó, señalando hacia abajo la carta rota.

—Eso fue un error —dijo ella aprisa, con voz apagada.

La respuesta lo dejó pasmado. Se quedó sin palabras, mirándola fijamente. Estuvo a punto de prorrumpir en carcajadas. Acabó en una sonrisa tan involuntaria como una mueca de dolor.

—Un error... —comenzó, despacio, y luego se descubrió incapaz de añadir una sola palabra más.

—Sí... fue honrado —dijo ella muy bajo, como si le hablara al recuerdo de un sentimiento en un pasado remoto.

Él estalló.

—¡Maldita sea tu honradez!... ¿Es que hay algo honrado en todo esto?... ¿Cuándo empezaste a ser honrada? ¿Por qué estás aquí? ¿Qué eres ahora?... ¿Todavía honrada?...

Avanzó hacia ella, furioso, como ciego; durante esas tres zancadas rápidas perdió el contacto con el mundo material y fue arrastrado interminablemente a través de una especie de universo vacío compuesto de nada más que furor y angustia, hasta que de pronto estuvo ante su rostro, muy cerca del suyo. Se detuvo en seco, y de golpe pareció recordar algo oído hacía siglos.

—No sabes lo que significa esa palabra —gritó.

Ella no se inmutó. Él percibió con espanto que todo cuanto le rodeaba estaba en calma. Ella no se movió ni un pelo; su propio cuerpo tampoco se estremeció. Una calma imperturbable envolvía las dos figuras inmóviles, la casa, la ciudad, el mundo entero, y la insignificante tempestad de sus sentimientos. La violencia del breve tumulto interior había sido de tal magnitud que bien podría haber hecho añicos toda la creación; y sin embargo nada había cambiado. Se enfrentaba a su esposa en la habitación familiar de su propia casa. Esta no se había derrumbado. Y a derecha e izquierda, todas las innumerables viviendas, hombro con hombro, habían resistido el choque de su pasión, habían ofrecido, impertérritas, a la soledad de su desdicha el silencio severo de los muros, la impenetrable y pulida discreción de las puertas cerradas y las ventanas con las cortinas echadas. La inmovilidad y el silencio lo oprimían, lo asaltaban, como dos cómplices de la mujer inmóvil y muda que tenía ante los ojos. Fue vencido de repente. Le mostraron su impotencia. Lo calmó el soplo de una resignación corrompida que le llegaba a través de la sutil ironía de la paz circundante.

Dijo con una compostura infame:

—En cualquier caso, no me basta con eso. Quiero saber más, si vas a quedarte.

—No hay nada más que contar —respondió ella, con tristeza.

Le pareció tan cierto que no dijo nada. Ella continuó:

—No lo entenderías...

—¿No? —dijo él, tranquilo. Se dominaba con todas sus fuerzas para no prorrumpir en aullidos e imprecaciones.

—Intenté ser fiel... —comenzó ella de nuevo.

—¿Y esto? —exclamó él, señalando los fragmentos de su carta.

—Esto... esto es un fracaso —dijo ella.

—Ya lo creo —masculló él, amargamente.

—Intenté ser fiel a mí misma, Alvan... y... y honrada contigo...

—Si hubieras intentado serme fiel a mí, eso habría tenido más sentido —la interrumpió él, con enojo. Yo te he sido fiel y tú has arruinado mi vida, la de los dos... —Luego, tras una pausa, afloró la inconquistable obsesión por sí mismo, y alzó la voz para preguntar con resentimiento: —¿Y cuánto tiempo llevas, si puede saberse, poniéndome en ridículo?

Ella pareció horriblemente sacudida por esa pregunta. Él no esperó respuesta, sino que continuó moviéndose todo el tiempo; acercándose a ella de vez en cuando y luego alejándose sin sosiego hasta el otro extremo de la habitación.

—Quiero saberlo. Todo el mundo lo sabe, supongo, menos yo, ¡y eso es tu honradez!

—Te he dicho que no hay nada que saber —dijo ella, con voz vacilante, como si le doliera. Nada de lo que supones. No me entiendes. Esta carta es el principio... y el final.

—¿El final? Esto no tiene final —vociferó él, inesperadamente. ¿Es que no puedes comprenderlo? Yo sí puedo... El principio...

Se detuvo y la miró a los ojos con una intensidad concentrada, con un deseo de ver, de penetrar, de comprender, que le hizo contener literalmente el aliento hasta que lo soltó entrecortado.

—¡Por Dios! —dijo, inmóvil, en una actitud de escrutinio, a menos de treinta centímetros de ella.

— ¡Por Dios! —repitió, despacio, en un tono cuya extrañeza involuntaria era un completo misterio para él mismo. ¡Por Dios!... Podría creerte... podría creer cualquier cosa... ¡ahora!

Giró en redondo sobre sus talones y empezó a pasear de un extremo al otro de la habitación con el aire de quien se ha liberado del veredicto definitivo de su vida, de haber dicho algo a lo que no volvería, aunque pudiera. Ella permaneció como enraizada en la alfombra. Sus ojos seguían los movimientos inquietos del hombre, que rehuía mirarla. Su amplia mirada se aferraba a él, interrogante, asombrada y llena de dudas.

— Pero ese tipo estaba aquí metido continuamente —estalló él, fuera de sí. Te hizo la corte, supongo... y... y... —Bajó la voz. — Y tú se lo permitiste.

— Y yo se lo permití —murmuró ella, tomando su entonación, de suerte que su voz sonó inconsciente, sonó lejana y servil como un eco.

— ¡Tú! ¡Tú! —dijo dos veces, con violencia; luego se calmó. — ¿Qué podías ver en ese tipo? —preguntó, con un asombro genuino. Un mequetrefe gordo y afeminado. ¿Qué podías...? ¿Es que no eras feliz? ¿Acaso no tenías todo lo que querías? A ver, con franqueza: ¿acaso defraudé tus expectativas en algo? ¿Estabas decepcionada con nuestra posición, o con nuestras perspectivas, quizás? Sabes que no podías estarlo: son mucho mejores de lo que podías esperar cuando te casaste conmigo...

Llegó a olvidarse de sí mismo hasta el punto de gesticular un poco mientras proseguía animadamente:

— ¿Qué podías esperar de semejante tipo? Es un advenedizo, un advenedizo de la peor especie... Si no fuera por mi dinero... ¿me oyes?... por mi dinero, no sabría a dónde ir a parar. Su familia no quiere saber nada de él. El tipo no tiene clase, ninguna clase en absoluto. Es útil, eso sí, por eso yo... Creía que tenías suficiente inteligencia para verlo... Y tú... ¡No! ¡Es increíble! ¿Qué te contó? ¿Acaso no te importa la opinión de nadie? ¿No existe ninguna influencia contenedora en el mundo para vosotras, las mujeres? ¿Alguna vez pensaste en mí? Traté de ser un buen marido. ¿Fracasé? Dime: ¿qué he hecho yo?

Arrastrado por sus sentimientos, se sujetó la cabeza entre las dos manos y repitió fuera de sí:

— ¿Qué he hecho yo?... ¡Dímelo! ¿Qué?...

—Nada —dijo ella.

—¡Ah! Ya ves... no puedes... —comenzó, triunfante, alejándose; luego, de repente, como si algo invisible con lo que hubiera topado lo lanzara de vuelta hacia ella, giró en redondo y gritó con exasperación:

—¿Qué demonios esperabas que hiciera yo?

Sin una palabra, se dirigió despacio hacia la mesa y, sentándose, apoyó el codo en ella y se sombreó los ojos con la mano. Todo ese tiempo él la observó fijamente y con vigilancia, como si esperara encontrar en cada momento, en sus movimientos deliberados, una respuesta a su pregunta. Pero no podía leer nada, no lograba captar el menor indicio de su pensamiento. Intentó sofocar su deseo de gritar y, tras esperar un momento, dijo con desdén incisivo:

—¿Querías que escribiera versos absurdos, que me sentara a mirarte durante horas, que te hablara de tu alma? Deberías haber sabido que yo no era de esa clase... Yo tenía cosas más importantes que hacer. Pero si crees que estaba completamente ciego...

Comprendió en un destello que podía recordar una infinidad de sucesos esclarecedores. Podía evocar tantas y tan distintas ocasiones en que los había sorprendido; recordaba el gesto absurdamente interrumpido de aquella mano gorda y blanca, la expresión arrobada del rostro de ella, el brillo de unos ojos incrédulos; retazos de conversaciones incomprensibles que no valía la pena escuchar, silencios que en su momento no habían significado nada y que ahora parecían iluminadores como una súbita irrupción de sol. Lo recordaba todo. No había estado ciego. ¡Oh, no! Y saber esto era un alivio exquisito: le devolvía toda la compostura.

—Consideré indigno de mí el sospechar de ti —dijo él, con altivez.

El sonido de esa frase poseía evidentemente algún poder mágico, pues en cuanto la hubo pronunciado, se sintió admirablemente a sus anchas; e inmediatamente después experimentó un destello de jubiloso asombro ante el descubrimiento de que podía verse inspirado a semejante enunciación noble y veraz. Observó el efecto de sus palabras. La impulsaron a dirigirle una mirada rápida por encima del hombro. Entrevió unas pestañas húmedas, una mejilla encendida con una lágrima que corría velozmente; y luego ella vol-

vió a girar la cabeza y se sentó como antes, cubriéndose el rostro con las manos.

—Deberías ser completamente franca conmigo —dijo él, despacio.

—Lo sabes todo —respondió ella, con voz indistinta, entre los dedos.

—Esta carta... Sí... pero...

—Y volví —exclamó ella con voz sofocada—; lo sabes todo.

—Me alegro, por tu bien —dijo él con una gravedad imponente. Se escuchaba a sí mismo con solemne emoción. Le parecía que algo indeciblemente trascendental estaba ocurriendo dentro de la habitación, que cada palabra y cada gesto tenían la importancia de sucesos predestinados desde el principio de los tiempos, y que resumían en su carácter definitivo el propósito entero de la creación.

—Por tu bien —repitió.

Los hombros de ella se estremecieron como si sollozara, y él se olvidó de sí mismo en la contemplación de su cabello. De pronto dio un respingo, como si despertara, y preguntó con suma dulzura, en poco más que un susurro:

—¿Lo has visto con frecuencia?

—¡Nunca! —exclamó ella contra las palmas de las manos.

Esa respuesta pareció arrebatarse por un instante el don del habla. Sus labios se movieron durante un rato antes de que emergiera sonido alguno.

—Preferiste hacerle la corte aquí, delante de mis propias narices —dijo él, furioso. Se calmó al instante y sintió un malestar lleno de pesar, como si aquel arrebató lo hubiera rebajado a sus ojos de ella. Ella se levantó y, con la mano en el respaldo de la silla, lo enfrentó con unos ojos perfectamente secos ya. Había una mancha encarnada en cada una de sus mejillas.

—Cuando decidí ir con él, escribí —dijo ella.

—Pero no fuiste con él —replicó él en el mismo tono. ¿Hasta dónde llegaste? ¿Qué te hizo volver?

—No lo sé ni yo misma —murmuró ella. Nada de ella se movía salvo los labios. Él la miró con severidad.

—¿Lo esperaba él? ¿Te estaba esperando? —preguntó.

Ella le respondió con un asentimiento casi imperceptible, y él continuó mirándola durante un buen rato sin emitir sonido alguno. Luego, por fin:

—Y supongo que sigue esperando —preguntó rápidamente.

Ella pareció asentir de nuevo. Por alguna razón, sintió que debía saber qué hora era. Consultó el reloj con semblante sombrío. Las siete y media.

—¿Ah, sí? —murmuró, guardándose el reloj en el bolsillo. La miró, y como si le acometiera de pronto una sensación de diversión siniestra, soltó una risa breve y áspera, que sofocó al instante.

—¡No! Es lo más inaudito... —masculló mientras ella permanecía ante él mordiéndose el labio inferior, como sumida en un pensamiento profundo. Volvió a reír en una sola carcajada sofocada que era tan cargada de rencor como una maldición. No sabía por qué sentía un hastío tan abrumador y súbito de los hechos de la existencia —de los hechos en general—, un asco tan inmenso ante el pensamiento de todos los muchos días ya vividos. Estaba agotado. Pensar le parecía una labor que excedía sus fuerzas. Dijo:

—Me engañaste a mí... y ahora lo engañas a él... ¡Es espantoso! ¿Por qué?

—¡Me engañé a mí misma! —exclamó ella.

—¡Oh! ¡Tonterías! —dijo él, impaciente.

—Estoy dispuesta a irme si lo deseas —continuó ella, aprisa—. Te lo debía: que te lo dijera, que lo supieras. ¡No! ¡No podía! —exclamó, y se quedó inmóvil retorciéndose las manos furtivamente.

—Me alegro de que te hayas arrepentido antes de que fuera demasiado tarde —dijo él en tono apagado, mirándose los botines. —Me alegro... alguna chispa de un sentimiento mejor —murmuró, como para sí. Alzó la cabeza tras un momento de silencio reflexivo. —Me alegra ver que te queda algo de sentido del decoro —añadió algo más alto. Mirándola, pareció vacilar, como si sopesara las posibles consecuencias de lo que deseaba decir, y al fin soltó:

—Al fin y al cabo, te amaba...

—No lo sabía —susurró ella.

—¡Santo Dios! —exclamó él. ¿Por qué crees que me casé contigo?

La grosería de su torpeza la enfureció.

—Ah, ¿por qué? —dijo entre dientes.

Pareció presa del horror y observó sus labios con intensidad, como si tuviera miedo.

—Imaginé muchas cosas —dijo ella, despacio, y se detuvo. Él la observaba conteniendo el aliento. Por fin ella continuó pensativa, como si pensara en voz alta: —Intenté comprender. Lo intenté con honradez... ¿Por qué?... Para hacer lo que se hace normalmente, supongo... Para complacerte a ti.

Se alejó vivamente, y cuando regresó, cerca de ella, tenía el rostro encendido.

—Tú también parecías bastante complacida, en su momento —siseó él, con una furia mordaz. No necesito preguntar si me amabas.

—Ahora sé que era absolutamente incapaz de algo así —dijo ella, con calma—. Si lo hubiera sido, quizá no te habrías casado conmigo.

—Está muy claro que no lo habría hecho si te hubiera conocido como te conozco ahora.

Le parecía verse a sí mismo pidiéndole matrimonio, hacía ya una eternidad. Paseaban subiendo por la ladera de un jardín. Grupos de personas se dispersaban bajo el sol. Las sombras de las ramas frondosas yacían quietas sobre la hierba corta. Las sombrillas de colores que pasaban entre los árboles a lo lejos semejaban mariposas deliberadas y brillantes que se desplazaban sin aletear. Caballeros que sonreían afablemente, o bien muy graves, al amparo impecable de sus levitas negras, estaban junto a mujeres que, agrupadas en lípidos atuendos estivales, evocaban todas las fábulas de jardines encantados donde flores animadas sonríen a caballeros hechizados. En todo ello había una serenidad suntuosa, una emoción tenue y vibrante, la seguridad perfecta, como de una ignorancia invencible, que suscitaba en él una creencia trascendente en la felicidad como destino de toda la humanidad, un deseo temerariamente pintoresco de obtener de inmediato algo solo para sí de aquel esplendor que no empañaba sombra alguna de pensamiento. La joven caminaba a su lado por un espacio abierto; nadie estaba cerca, y de

pronto él se detuvo, como inspirado, y habló. Recordó haber contemplado sus ojos puros, su frente cándida; recordó haber echado una ojeada rápida a su alrededor para comprobar si los observaban, y haber pensado que nada podía salir mal en un mundo de tanta gracia, tanta pureza y tanta distinción. Estaba orgulloso de ello. Era uno de sus artífices, de sus poseedores, de sus guardianes, de sus panegiristas. Quería apresarlos con firmeza, sacar de ellos toda la gratificación que pudieran; y en vista de su calidad incomparable, de su atmósfera inmaculada, de su proximidad al cielo de su elección, aquella ráfaga de deseo brutal le parecía la más noble de las aspiraciones. En un instante vivió de nuevo todos aquellos momentos, y luego toda la pesadumbre de su fracaso se le presentó con tal viveza que había un asomo de lágrimas en su voz cuando dijo casi sin pensarlo: —¡Dios mío! Sí que te amé.

Ella pareció conmovida por la emoción de su voz. Sus labios temblaron levemente, y dio un paso vacilante hacia él tendiendo los brazos en un gesto suplicante, cuando percibió, justo a tiempo, que, absorto en la tragedia de su propia vida, él la había olvidado por completo, hasta su misma existencia. Ella se detuvo, y sus brazos extendidos cayeron lentamente. Él, con el rostro crispado por la amargura de su pensamiento, no vio ni su movimiento ni su gesto. Golpeó el suelo con el pie en un arrebato, se frotó la cabeza y estalló:

—¿Y qué diablos hago ahora?

Se quedó inmóvil de nuevo. Ella pareció comprender y se dirigió con paso firme hacia la puerta.

—Es muy sencillo: me voy —dijo en voz alta.

Al oír su voz dio un respingo de sorpresa, la miró con ojos desorbitados y le preguntó en tono penetrante:

—Tú... ¿Adónde? ¿Con él?

—No. Sola. Adiós.

El picaporte repiqueteó bajo su mano tanteante como si tratara de salir de algún lugar oscuro.

—¡No, quédate! —exclamó él.

Ella lo oyó apenas. Él vio su hombro rozar el dintel de la puerta. Ella se tambaleó como si estuviera aturdida. Hubo menos de un segundo de sus-

pense mientras ambos sentían como si estuvieran suspendidos al borde mismo de la aniquilación moral, a punto de caer en una nada devoradora. Entonces, casi simultáneamente, él gritó — ¡Vuelve! — y ella soltó el picaporte. Ella se volvió con una desesperación serena, como quien ha arrojado deliberadamente su última oportunidad de vida; y por un momento, la habitación que enfrentaba le pareció terrible, oscura y segura, como una tumba.

— Esto no puede acabar así... Siéntate — dijo él con voz muy ronca y brusca; y mientras ella cruzaba de nuevo la habitación hacia la silla de respaldo bajo ante el tocador, él abrió la puerta y asomó la cabeza para mirar y escuchar. La casa estaba en silencio. Regresó apaciguado y preguntó:

— ¿Dices la verdad?

Ella asintió con la cabeza.

— Pero has vivido en la mentira — dijo él, con desconfianza.

— ¡Ah! Tú lo pusiste tan fácil — respondió ella.

— ¡Me lo reproches a mí, a mí!

— ¿Cómo podría? — dijo ella —. No te querría de ninguna otra manera... ahora.

— ¿Qué quieres decir con...? — empezó él, luego se contuvo, y sin esperar respuesta prosiguió —: No voy a hacer ninguna pregunta. ¿Es esta carta lo peor de todo?

Ella hizo un movimiento nervioso con las manos.

— Necesito una respuesta clara — dijo él con vehemencia.

— Pues no. Lo peor es que haya regresado.

Siguió un período de silencio sepulcral durante el cual se miraron escrutadoramente.

Dijo él con autoridad:

— No sabes lo que dices. Tienes la mente trastornada. Estás fuera de ti; de lo contrario no dirías semejantes cosas. No puedes controlarte. Incluso en tu arrepentimiento... — Hizo una pausa y luego dijo con aire doctoral —: El autodomínio lo es todo en la vida, ¿sabes? Es la felicidad, es la dignidad... es todo.

Ella tironeaba nerviosamente de su pañuelo mientras él la observaba con ansiedad, aguardando ver el efecto de sus palabras. No ocurrió nada satisfactorio. Solo que, cuando él se dispuso a hablar de nuevo, ella se cubrió el rostro con ambas manos.

— Ves adónde conduce la falta de autodomínio. El dolor, la humillación, la pérdida del respeto, de los amigos, de todo cuanto ennoblece la vida... Todo tipo de horrores —concluyó bruscamente.

Ella no se movió. Él la contempló pensativamente durante un rato, como si hubiera estado concentrando los melancólicos pensamientos que le evocaba la visión de aquella mujer abatida. Sus ojos se volvieron fijos y opacos. La solemnidad del momento lo penetraba hondamente; sentía con hondura la grandeza de la ocasión. Y más que nunca, las paredes de su casa le parecían encerrar la sacralidad de unos ideales en cuyas aras estaba a punto de ofrecer un magnífico sacrificio. Era el gran sacerdote de aquel templo, el severo guardián de las fórmulas, de los ritos, de la pura ceremonia que ocultaba las negras dudas de la vida. Y no estaba solo. Otros hombres, los mejores entre ellos, montaban guardia junto a los hogares que eran los altares de aquella provechosa persuasión. Comprendía confusamente que era parte de un poder inmenso y benéfico, que tenía reservada una recompensa para cada discreción. Habitaba dentro de la sabiduría invencible del silencio; estaba protegido por una fe indestructible que habría de durar eternamente, que resistiría inquebrantable todos los asaltos: las estridentes execraciones de los apóstatas y el cansancio secreto de sus propios confesores. Estaba aliado con un universo de ventajas incalculables. Representaba la fortaleza moral de una hermosa reticencia capaz de vencer todas las deplorables crueldades de la vida: el miedo, el desastre, el pecado, incluso la propia muerte. Le parecía estar a punto de barrer triunfalmente todos los ilusorios misterios de la existencia. Era la sencillez misma.

— Espero que ahora veas la necesidad, la absoluta necesidad de la maldad —comenzó en un tono sordo y solemne—. Debes respetar las condiciones de tu vida o perderlo todo cuanto ella puede darte. ¡Todo! ¡Todo!

Agitó el brazo una vez, y tres réplicas exactas de su rostro, de su ropa, de su sombría severidad, de su solemne congoja, repitieron el amplio gesto que en su abarcador movimiento indicaba una infinidad de dulzura moral, abrazaba las paredes, las colgaduras, toda la casa, toda la muchedumbre de ca-

sas del exterior, todas las frágiles e insondables tumbas de los vivos, con sus puertas numeradas como las puertas de las celdas de una prisión, e igual de impenetrables que el granito de las lápidas.

—¡Sí! La contención, el deber, la fidelidad, una fidelidad inquebrantable a lo que se espera de ti. Esto, solo esto, asegura la recompensa, la paz. Todo lo demás debemos esforzarnos en someter, en destruir. Es una desgracia; es una enfermedad. Es terrible, terrible. No debemos saber nada de ello ni necesitamos saberlo. Es nuestro deber para con nosotros mismos, para con los demás. No vives sola en el mundo; y si tú no tienes respeto por la dignidad de la vida, hay otros que sí lo tienen. La vida es una cosa seria. Si no te conformas con los más altos estándares no eres nadie: es una especie de muerte. ¿No se te ha ocurrido esto? Solo tienes que mirar a tu alrededor para ver la verdad de lo que digo. ¿Has vivido sin observar nada, sin comprender nada? Desde niña tuviste ejemplos ante los ojos; podías ver a diario la belleza, las bendiciones de la moralidad, de los principios...

Su voz subía y bajaba pomposamente en un extraño cántico. Sus ojos estaban quietos, su mirada exaltada y hosca; su rostro era rígido, duro, exultante de manera inexpresiva sobre la lúgubre inspiración que en secreto lo poseía, fermentaba en él, lo elevaba a un rapto furtivo de convicción. De vez en cuando extendía el brazo derecho como por encima de la cabeza de ella, y le hablaba desde lo alto a aquella pecadora con un sentido de virtud vengadora, con una alegría honda y pura, como si desde su empinado pináculo pudiera ver cada palabra pesada golpear y herir como piedra de castigo.

—Principios rígidos: adhesión a lo que es correcto —concluyó tras una pausa.

—¿Qué es lo correcto? —dijo ella con claridad, sin descubrir el rostro.

—¡Tienes la mente enferma! —exclamó él, erguido y austero—. Semejante pregunta es una idiotez, una idiotez absoluta. Mira a tu alrededor: ahí tienes tu respuesta, si te dignas a verla. Nada que ultraje las creencias establecidas puede ser correcto. Te lo dice tu conciencia. Son las creencias establecidas porque son las mejores, las más nobles, las únicas posibles. Perduran...

No pudo evitar advertir con satisfacción la amplitud filosófica de su punto de vista, pero no pudo detenerse a disfrutarla, pues su inspiración, la llamada de la augusta verdad, lo llevaba adelante.

—Debes respetar los fundamentos morales de una sociedad que te ha hecho lo que eres. Sé fiel a ella. Eso es el deber, eso es el honor, eso es la honradez.

Sintió un gran ardor en su interior, como si hubiera tragado algo caliente. Dio un paso más hacia ella. Ella se irguió y lo miró con un ardor de expectación que estimulaba su sentido de la suprema importancia de aquel momento. Y como olvidándose de sí mismo, elevó mucho la voz.

—¿Qué es lo correcto?, me preguntas. Piénsalo bien. ¿Qué habrías sido si te hubieras ido con ese infernal vagabundo?... ¿Qué habrías sido?... ¿Tú? ¡Mi esposa!...

Divisó su propio reflejo en el gran espejo de luna, erguido en toda su estatura, con un rostro tan blanco que sus ojos, a esa distancia, semejabán las oquedades negras de una calavera. Se vio a sí mismo como a punto de lanzar imprecaciones, con los brazos alzados sobre la cabeza inclinada de ella. Le avergonzó aquella postura indecorosa y metió apresuradamente las manos en los bolsillos. Ella murmuró tenuemente, como para sí:

—¡Ah! ¿Qué soy yo ahora?

—Resulta que sigues siendo la señora Alvan Hervey, y es una suerte extraordinaria para ti, ya te lo digo yo —dijo en un tono de conversación. Se encaminó hasta el rincón más alejado de la habitación y, al volverse, la vio sentada muy erguida, con las manos enlazadas en el regazo y con una mirada perdida e inmóvil que contemplaba sin pestañear, como los ojos de un ciego, la cruda llama del gas, ardiente y quieta, entre las fauces del dragón de bronce.

Se acercó mucho a ella y, con las piernas ligeramente separadas, se quedó mirando su rostro desde arriba durante un rato sin sacar las manos de los bolsillos. Parecía estar sopesando mentalmente un montón de palabras, componiendo su próxima intervención con una sobreabundancia de pensamientos.

—Me has puesto a prueba hasta el límite —dijo al fin; y apenas lo dijo, perdió su equilibrio moral y se sintió arrastrado desde su pináculo por una

crecida de apasionado rencor contra aquella torpe criatura que tan a punto había estado de arruinarle la vida. Sí, me han puesto a prueba más de lo que cualquier hombre debería soportar —continuó con amarga rectitud—. No era justo. ¿Qué te dio por...? ¿Qué te dio por...? Escribir semejante... ¡Después de cinco años de perfecta felicidad! ¡Pardiez, nadie lo creería...! ¿No sentiste que no podías? Porque no podías... era imposible, lo sabes. ¿Verdad que sí? Piénsalo. ¿Verdad que sí?

—Era imposible —susurró ella, sumisamente.

Aquel asentimiento sumiso dado con tanta prontitud no lo aplacó ni lo envalentonó; le produjo, inexplicablemente, esa sensación de terror que experimentamos cuando en medio de circunstancias que habíamos aprendido a considerar absolutamente seguras descubrimos de pronto la presencia de un peligro cercano e insospechado. Era imposible, naturalmente. Él lo sabía. Ella lo sabía. Ella lo confesaba. ¡Era imposible! Aquel hombre también lo sabía, tan bien como cualquiera; no podía por menos de saberlo. Y sin embargo, aquellos dos habían estado envueltos en una conspiración contra su tranquilidad, en una empresa criminal para la que no podía haber ninguna sanción de convicción en su propio interior. ¡No podía haberla! ¡No podía! Y sin embargo, qué cerca habían llegado a... Con un escalofrío fugaz se vio a sí mismo como una figura desterrada y desamparada en un reino de locura ingobernable, de locura sin freno. Nada podía preverse, predecirse, evitarse con cautela. Y la sensación era insoportable, tenía algo del horror marchitante que puede concebirse como consecuencia de la extinción absoluta de toda esperanza. En el destello de un pensamiento, el episodio deshonroso pareció desligarse de todo lo real, de las condiciones terrenales e incluso del sufrimiento terrenal; se convirtió en un conocimiento puramente aterrador, en un conocimiento aniquilador de una fuerza ciega e infernal. Algo desesperado y vago, el parpadeo de un deseo insensato de humillarse ante los misteriosos impulsos del mal, de pedir clemencia de algún modo, cruzó su mente; y luego llegaron la idea, la persuasión, la certeza de que el mal tenía que ser olvidado, tenía que ser ignorado resueltamente para hacer posible la vida; de que ese conocimiento tenía que mantenerse fuera de la mente, fuera de la vista, como se mantiene fuera de la existencia cotidiana el conocimiento de una muerte segura. Se tensó interiormente para el esfuerzo, y al instante siguiente aquello le pareció muy fácil, asombrosamente factible, con tal de que uno se ciñera estrictamente a los hechos, aplicara la

mente a sus complejidades y no a su significado. Al cobrar conciencia de un largo silencio, carraspeó a modo de aviso y dijo con voz firme:

—Me alegra que sientas esto... me alegra de veras... que lo hayas sentido a tiempo. Porque, ¿ves...? —Inesperadamente vaciló.

—Sí... lo veo —murmuró ella.

—Naturalmente que lo verías —dijo él, mirando la alfombra y hablando como quien piensa en otra cosa. Alzó la cabeza—. No puedo creer, ni siquiera después de esto, ni siquiera después de esto, que seas del todo... del todo... distinta de lo que yo pensaba. Me parece imposible.

—Y a mí —exhaló ella.

—Ahora, sí —dijo él—; pero ¿esta mañana? ¿Y mañana?... Eso es lo que...

Se sobresaltó ante el rumbo de sus propias palabras y se interrumpió bruscamente. Cada hilo de pensamiento parecía conducir al reino sin salida de la locura ingobernable, a evocar el conocimiento y el terror de unas fuerzas que era preciso ignorar. Dijo deprisa:

—Mi situación es muy penosa... difícil... Siento...

La miró fijamente con aire angustiado, como si lo oprimiera de modo terrible una súbita incapacidad para expresar sus ideas reprimidas.

—Estoy dispuesta a marcharme —dijo ella en voz muy baja—. Lo he perdido todo... para aprender... para aprender...

Su barbilla cayó sobre el pecho; su voz se extinguió en un suspiro. Él hizo un leve gesto de asentimiento impaciente.

—¡Sí, sí! Todo está muy bien... naturalmente. Lo has perdido... ¡Ah! Moralmente lo has perdido, solo moralmente... si es que te creo...

Él se sobresaltó cuando ella se levantó de un salto.

—¡Oh! Te creo, te creo —dijo él apresuradamente, y ella volvió a sentarse con la misma brusquedad con que se había levantado. Él continuó con tono sombrío:

—He sufrido... sufro ahora. No puedes comprender cuánto. Tanto que cuando propones una separación casi pienso... Pero no. Está el deber. Tú lo

olvidaste; yo jamás. Ante Dios, jamás. Pero en una exposición tan horrible como esta, el juicio de la humanidad se extravía, al menos por un tiempo. Verás, tú y yo, al menos eso es lo que siento, tú y yo somos uno ante el mundo. Es como debe ser. El mundo tiene razón, en lo esencial, porque de lo contrario no podría ser... no podría ser... lo que es. Y nosotros somos parte de él. Tenemos nuestro deber hacia... hacia nuestros semejantes, que no quieren... que no quieren... esto...

Tartamudeó. Ella lo miró con los ojos muy abiertos y los labios ligeramente entreabiertos. Él siguió murmurando:

— ... El dolor... La indignación... Seguros de malinterpretar. He sufrido bastante. Y si no ha habido nada irreparable, como me aseguras... entonces...

— ¡Alvan! —exclamó ella.

— ¿Qué? —dijo él con hosquedad. La miró un momento desde arriba con una mirada sombría, como quien contempla las ruinas, la devastación de alguna catástrofe natural.

— Entonces —continuó tras una breve pausa—, lo mejor es... lo mejor para nosotros... para todos... Sí... el menor dolor... lo más desinteresado... — Su voz vaciló y ella solo oyó palabras sueltas—: ...El deber... La carga... Nosotros mismos... El silencio.

Siguió un instante de quietud absoluta.

— Es una apelación a tu conciencia lo que te hago —dijo de pronto en tono explicativo—: que no añadas más sufrimiento a todo esto; que trates leal y decididamente de ayudarme a sobreponernos de algún modo. Sin reservas de ningún tipo, ¿entiendes? ¡Lealmente! No puedes negar que me han agraviado cruelmente y que, a fin de cuentas, mi afecto merece... —Se interrumpió con evidente ansia de oírla hablar.

— No me reservo nada —dijo ella con tristeza—. ¿Cómo podría? Me descubrí a mí misma tal como soy y regresé a... —sus ojos brillaron con un destello de desdén por un instante— ... a esto, a lo que tú propones. Ya ves... yo... yo soy de fiar... ahora.

Él escuchó cada palabra con profunda atención, y cuando ella guardó silencio pareció esperar más.

—¿Es todo lo que tienes que decir? —preguntó.

Ella se sobresaltó ante su tono y dijo con voz débil:

—He dicho la verdad. ¿Qué más puedo decir?

—¡Rayos! Podrías decir algo humano —estalló él—. No es ser sincera; es ser desvergonzada, si quieres saberlo. Ni una palabra que demuestre que sientes tu situación y la mía. Ni una sola palabra de reconocimiento, o de arrepentimiento, o de remordimiento... o... algo.

—¡Las palabras! —susurró ella en un tono que lo irritó. Él golpeó el suelo con el pie.

—¡Esto es horrible! —exclamó—. ¿Las palabras? Sí, las palabras. Las palabras significan algo, sí que sí, pese a toda esta infernal afectación. Significan algo para mí, para todos, para ti. ¿Qué diablos usabas tú para expresar esos sentimientos, esos sentimientos... ¡puf!..., que te hicieron olvidar mi persona, el deber, la vergüenza...? —Le salía espuma por la boca mientras ella lo miraba, aterrada por aquella furia repentina—. ¿Hablabais los dos solo con los ojos? —farfulló con ferocidad. Ella se levantó.

—No puedo soportar esto —dijo, temblando de pies a cabeza—. Me voy.

Se quedaron un momento frente a frente.

—Tú no —dijo él con brusquedad deliberada, y empezó a pasear arriba y abajo por la habitación. Ella permaneció muy quieta con aire de escuchar ansiosamente sus propios latidos, luego se desplomó lentamente en la silla y suspiró, como quien desiste de una tarea que excede sus fuerzas.

—Malinterpretas todo lo que digo —comenzó él en calma—, pero prefiero pensar que... ahora mismo... no eres responsable de tus actos. —Se detuvo de nuevo ante ella—. Tienes la mente trastornada —dijo con unción—. Marcharte ahora sería añadir un crimen, sí, un crimen, a la locura. No quiero escándalos en mi vida, cueste lo que cueste. ¿Y por qué? Seguro que me malinterpretarás, pero te lo diré de todas formas. Como cuestión de deber. Sí. Pero seguro que me malinterpretarás sin remedio. Las mujeres siempre lo hacen; son demasiado... demasiado estrechas de miras.

Esperó un rato, pero ella no emitió ningún sonido ni siquiera lo miró; él se sintió inquieto, dolorosamente inquieto, como un hombre que sospecha que se desconfía de él sin razón. Para combatir esa exasperante sensación

recomenzó a hablar muy deprisa. El sonido de sus propias palabras excitaba sus pensamientos, y en el juego de los pensamientos que se cruzaban vislumbraba de vez en cuando la roca inexpugnable de sus convicciones, alzándose en solitaria grandiosidad por encima del yermo improductivo de los errores y las pasiones.

— Porque es evidente por sí mismo — prosiguió con ansiosa vivacidad —, es evidente por sí mismo que, en el más elevado de los planos, no tenemos derecho, no, no tenemos derecho a irrumpir con nuestras miserias en la vida de quienes... quienes esperan naturalmente algo mejor de nosotros. Todo el mundo desea que su propia vida y la vida a su alrededor sean hermosas y puras. Ahora bien, un escándalo entre gente de nuestra posición es desastroso para la moralidad, una influencia fatal, ¿no ves?, sobre el tono general de la clase, algo muy importante, lo más importante, en verdad lo creo, en... en la comunidad. Siento esto profundamente. Esta es la visión de conjunto. Con el tiempo me darás la razón... cuando vuelvas a ser la mujer que amé... y en la que confié...

Se detuvo en seco, como si de pronto le faltara el aire, y luego, con una voz enteramente cambiada, dijo: — Porque yo sí te quise y confié en ti —; y volvió a callar un momento. Ella se llevó el pañuelo a los ojos.

— Al menos reconocerás que mis motivos... mis motivos son intachables. Se trata, ante todo, de lealtad a... a las condiciones más amplias de nuestra vida, en las que tú... ¡tú!, entre todas las mujeres, has fallado. No suele uno hablar así, por supuesto, pero en este caso reconocerás... Y considera: los inocentes sufren con los culpables. El mundo es implacable en sus juicios. Por desgracia, siempre hay quienes están demasiado dispuestos a malinterpretar las cosas. Ante ti y ante mi conciencia soy inocente, pero cualquier... cualquier revelación menoscabaría mi utilidad en la esfera... en la esfera más amplia en la que espero pronto... Creo que compartías plenamente mis opiniones al respecto; no quiero decir más... sobre... sobre ese punto. Pero créeme: el verdadero desinterés consiste en cargar con el peso de uno en... en silencio. El ideal debe... debe preservarse, al menos para los demás. Está más claro que el agua. Si tengo una... una llaga repugnante, exhibirla gratuitamente sería abominable, ¡abominable! Y a menudo en la vida... en la concepción más elevada de la vida... la franqueza en ciertas circunstancias no es otra cosa que un crimen. La tentación, ya se sabe, no excusa a nadie. En realidad no existe como tal si uno atiende firmemente a su propio bien, que

está cimentado en el deber. Pero están los débiles... —Su tono se tornó feroz por un instante—. Y están los necios y los envidiosos, especialmente para personas en nuestra posición. Yo soy inocente de este terrible... terrible... alejamiento; pero si no hay nada irreparable... —Algo sombrío, como una sombra profunda, cruzó su semblante—. Nada irreparable... ya ves que incluso ahora estoy dispuesto a confiar en ti ciegamente... entonces nuestro deber está claro.

Bajó la vista. Un cambio vino a alterar su expresión y, de golpe, del impulso externo de su locuacidad pasó a la contemplación apagada de todas aquellas verdades tranquilizadoras que, no sin cierto asombro, había conseguido descubrir en sí mismo tan recientemente. Durante esa profunda y reconfortante comunión con sus convicciones más íntimas permaneció mirando fijamente la alfombra, con un semblante de solemnidad portentosa y con una vacuidad embotada en los ojos que parecían escrutar la negrura de un agujero vacío. Luego, sin moverse lo más mínimo, prosiguió:

—Sí. Perfectamente claro. Me han puesto a prueba al límite, y no puedo pretender que, por un tiempo, los viejos sentimientos... los viejos sentimientos no sean... —Suspiró—. Pero te perdono...

Ella hizo un leve movimiento sin apartar el pañuelo de los ojos. En su profundo examen de la alfombra, él no advirtió nada. Y hubo silencio: silencio dentro y silencio fuera, como si sus palabras hubieran apagado el latido y el temblor de toda la vida circundante, y la casa se hubiera quedado sola, la única morada sobre una tierra desierta.

Alzó la cabeza y repitió con solemnidad:

—Te perdono... por sentido del deber... y con la esperanza...

Oyó una carcajada, y esta no solo interrumpió sus palabras, sino que también destruyó la paz de su ensimismamiento con el dolor vil de una realidad que irrumpía en la belleza de un sueño. No acertaba a comprender de dónde venía el sonido. Podía ver, en escorzo, el rostro surcado de lágrimas y afligido de la mujer tendida con la cabeza echada hacia atrás sobre el respaldo del asiento. Creyó que aquel ruido penetrante era una ilusión. Pero otra carcajada aguda seguida de un sollozo hondo y sucedida a su vez por otro chillido de hilaridad parecía positivamente arrancarlo del lugar donde estaba. Se precipitó hacia la puerta. Estaba cerrada. Giró la llave y pensó: así no

sirve de nada... —¡Para ya! —gritó, y advirtió con alarma que apenas podía oír su propia voz en medio de los alaridos de ella. Corrió de vuelta con la idea de sofocar aquel ruido insoportable con sus manos, pero se quedó inmóvil y desconcertado, incapaz de tocarla como si ella estuviera en llamas. Gritó: —¡Basta ya! —como gritan los hombres en el tumulto de un motín, con el rostro enrojecido y los ojos desorbitados; luego, como si lo barrierá otra explosión de risa, desapareció en un destello de los tres espejos, se esfumó de repente ante ella. Durante un tiempo, la mujer jadeó y rió al vacío en la luminosa quietud de la habitación desierta.

Reapareció, avanzando hacia ella a grandes zancadas, con un vaso de agua en la mano. Balbuceó: —Histerismo... Para... Te oirán... Bebe esto. — Ella reía mirando al techo—. ¡Para ya! —gritó él—. ¡Ah!

Le arrojó el agua a la cara poniendo en ese gesto toda la brutalidad secreta de su rencor, aunque al mismo tiempo sintió que habría sido perfectamente disculpable —en cualquier persona— lanzarle también el vaso a continuación. Se contuvo, pero estaba tan convencido de que nada podría detener el horror de aquellos chillidos enloquecidos que, cuando llegó la primera sensación de alivio, ni siquiera se le ocurrió dudar de la impresión de haberse quedado de pronto sordo. Cuando, un instante después, tuvo la certeza de que ella se había incorporado y estaba en verdad muy quieta, fue como si todo —personas, cosas, sensaciones— hubiera encontrado reposo. Estaba dispuesto a sentirse agradecido. No podía apartar los ojos de ella, temiendo, aunque sin querer admitirlo, la posibilidad de que volviera a empezar; pues la experiencia, por mucho que intentara contemplarla con desdén, había dejado en él el desconcierto de un terror misterioso. Ella tenía el rostro empapado de agua y lágrimas; un mechón de cabello le caía sobre la frente, otro pegado a la mejilla; el sombrero, ladeado, descansaba sobre un lado, torcido de modo indecoroso; el velo mojado semejava un trapo sórdido festoneando su frente. Había en su aspecto una completa falta de reserva, un abandono de toda cautela, esa fealdad de la verdad que solo puede mantenerse alejada de la vida cotidiana mediante un cuidado incesante de las apariencias. No supo por qué, al mirarla, pensó de repente en el mañana, ni por qué ese pensamiento convocó un sentimiento profundo de agotamiento indecible y desalentado, un miedo a enfrentarse a la sucesión de los días. ¡El mañana! Estaba tan lejos como el ayer. A veces, entre un amanecer y otro transcurrían siglos. Escrutó sus facciones como quien contempla un país olvidado. No

estaban desfiguradas; reconocía, por así decir, los puntos de referencia; pero solo era una semejanza lo que veía, no la mujer de ayer... ¿o era acaso algo más que la mujer de ayer? ¿Quién podría saberlo? ¿Era algo nuevo? ¿Una nueva expresión, o un nuevo matiz de expresión? ¿O algo más profundo: una vieja verdad al descubierto, una verdad fundamental y oculta, alguna certeza innecesaria y maldita? Advirtió que temblaba mucho, que tenía en la mano un vaso vacío... que el tiempo pasaba. Sin dejar de mirarla con una desconfianza persistente, se inclinó hacia la mesa para depositar el vaso y se sobresaltó al sentir que este parecía atravesar la madera. Había errado el borde. La sorpresa y el leve tintineo del accidente le irritaron más allá de toda expresión. Se volvió hacia ella, irritado.

—¿Qué significa esto? —preguntó con severidad.

Ella se pasó la mano por el rostro e intentó levantarse.

—No vas a hacer el ridículo de nuevo —dijo—. ¡Por mi alma, no sabía que pudieras olvidarte de ti misma hasta ese punto! No intentó disimular su repugnancia física, porque la creía una reprobación puramente moral de toda falta de reserva, de cualquier cosa que tuviera naturaleza de escena. — Te lo aseguro: fue repugnante —prosiguió. La miró un instante fijamente—. Positivamente degradante —añadió con insistencia.

Ella se puso en pie de golpe, como impulsada por un resorte, y se tambaleó. Él se adelantó instintivamente. Ella se agarró al respaldo de la silla y se estabilizó. Eso lo detuvo, y se miraron el uno al otro con los ojos muy abiertos, inciertos, aunque volviendo lentamente a la realidad de las cosas con alivio y asombro, como si acabaran de despertar tras revolcarse durante una larga noche de sueños febriles.

—Te lo ruego, no vuelvas a empezar —dijo apresuradamente, al verla abrir los labios—. Me merezco un poco de consideración, y semejante comportamiento inexplicable me resulta doloroso. Espero algo mejor... Tengo derecho...

Ella se apretó las dos manos contra las sienes.

—¡Tonterías! —dijo con brusquedad—. Estás perfectamente en condiciones de bajar a cenar. Nadie debería siquiera sospechar, ni siquiera los criados. ¡Nadie! ¡Nadie!... Estoy seguro de que puedes.

Ella dejó caer los brazos; su rostro se crispó. Lo miró directamente a los ojos y parecía incapaz de pronunciar una palabra. Él la miró con el ceño fruncido.

—Lo... deseo... —dijo con tiranía—. También por tu propio bien... Tenía intención de imponer ese punto sin ninguna piedad. ¿Por qué no hablaba? Temía la resistencia pasiva. Debía... Que venga. El ceño se le profundizó y comenzó a pensar en alguna violencia eficaz, cuando ella dijo de improviso con voz firme: —Sí, puedo —y se aferró de nuevo al respaldo de la silla. Sintió alivio, y de repente su actitud dejó de interesarle. Lo importante era que su vida volvería a comenzar con un acto cotidiano, con algo que no podía malinterpretarse, que, gracias a Dios, no tenía ningún significado moral ni ninguna perplejidad, y que sin embargo era símbolo de su comunión ininterrumpida en el pasado... en todo el futuro. Esa mañana, en esa mesa, habían desayunado juntos; y ahora cenarían. ¡Todo había terminado! Lo que había ocurrido entretanto podía olvidarse, debía olvidarse, como las cosas que solo pueden suceder una vez: la muerte, por ejemplo.

—Te espero —dijo, encaminándose hacia la puerta. Tuvo cierta dificultad con ella, pues no recordaba haber girado la llave. Odiaba ese retraso, y la impaciencia contenida por salir de la habitación le produjo un malestar considerable mientras, consciente de la presencia de ella a sus espaldas, forcejaba con la cerradura. Por fin lo logró; entonces, desde el umbral, echó una mirada por encima del hombro para decir: —Se está haciendo tarde... ya sabes—, y la vio de pie en el mismo lugar donde la había dejado, con el rostro blanco como el alabastro y completamente inmóvil, como una mujer en trance.

Temía que ella le hiciera esperar, pero sin apenas darse cuenta, sin saber cómo, se encontró sentado a la mesa con ella. Había tomado la resolución de comer, de hablar, de mostrarse natural. Le parecía necesario que el engaño empezara en casa. Los criados no debían saber, no debían sospechar. Ese deseo intenso de secreto —un secreto oscuro, destructor, profundo, discreto como una tumba— se apoderó de él con la fuerza de una alucinación; parecía extenderse a los objetos inanimados que habían sido los compañeros cotidianos de su vida, impregnando con un tinte de hostilidad cada cosa dentro de las leales paredes que se alzarían para siempre entre el descaro de los hechos y la indignación de los hombres. Incluso cuando —como ocurrió una o dos veces— los criados abandonaban la sala juntos, él permanecía cuidado-

samente natural, industriosamente hambriento, laboriosamente a sus anchas, como si hubiera querido engañar al aparador de roble negro, a las pesadas cortinas, a las sillas de respaldo rígido, haciéndoles creer en una felicidad sin mancha. Desconfiaba del dominio de sí misma de su esposa, rehusaba mirarla y era reticente a hablar, pues le parecía inconcebible que ella no se traicionara con el menor movimiento, con las primeras palabras que pronunciara. Luego pensó que el silencio en la sala se estaba volviendo peligroso, tan excesivo que producía el efecto de un estruendo insoportable. Quería acabar con él, como quien desea interrumpir una confesión indiscreta; pero con el recuerdo de aquella risa de arriba no se atrevía a darle ocasión de abrir los labios. Al poco oyó su voz pronunciando con calma algún comentario intrascendente. Apartó los ojos del centro de su plato y sintió la agitación de quien está a punto de contemplar una maravilla. Y nada podía ser más maravilloso que su compostura. Miraba los ojos francos, la frente pura, lo que había visto todas las noches durante años en aquel lugar; escuchaba la voz que durante cinco años había oído cada día. Quizá estaba un poco pálida, pero una palidez saludable había sido siempre para él uno de sus principales atractivos. Quizá su rostro estaba rígidamente compuesto, pero aquella impasibilidad marmórea, aquella magnífica solidez, como la de una estatua admirable tallada por algún gran escultor que trabajara bajo la maldición de los dioses; aquella calma imponente e irreflexiva de sus facciones había reflejado hasta entonces para él la tranquila dignidad de un alma de la que se había considerado —por supuesto— el inexpugnable poseedor. Aquellos eran los signos externos de su diferencia respecto a la vil grey que siente, sufre, fracasa, yerra, pero que no tiene ningún valor distinto en el mundo salvo como contraste moral con la prosperidad de los elegidos. Había estado orgulloso de su aspecto. Tenía la franqueza perfectamente apropiada de la perfección, y ahora le sobrecogió verlo sin cambio alguno. Ella tenía ese mismo aspecto, hablaba de ese mismo modo, exactamente igual, un año antes, un mes antes, ayer mismo cuando ella... Lo que ocurriría en su interior no cambiaba nada. ¿Qué pensaba? ¿Qué significaban la palidez, el rostro plácido, la frente franca, los ojos puros? ¿Qué había pensado durante todos esos años? ¿Qué pensó ayer, hoy; qué pensaría mañana? Tenía que averiguarlo... Y sin embargo, ¿cómo podría saberlo? Había sido falsa con él, con aquel hombre, consigo misma; estaba dispuesta a ser falsa por él. Siempre falsa. Su mirada era mentira, respiraba mentiras, vivía de menti-

ras, mentiría siempre, hasta el final de su vida. ¡Y él nunca sabría lo que ella quería decir! ¡Nunca! ¡Nunca! Nadie podría. Imposible saberlo.

Dejó caer el cuchillo y el tenedor bruscamente, como si en virtud de una iluminación repentina se hubiera percatado de que había veneno en su plato, y tuvo la certeza absoluta de que nunca más podría tragar un bocado de comida mientras viviera. La cena continuó en una sala que, por alguna causa, se había ido calentando progresivamente hasta superar el ardor de un horno. Tuvo que beber. Bebió una y otra vez y, por fin, al recobrar la conciencia, se asustó de la cantidad hasta que advirtió que lo que había estado bebiendo era agua, de dos copas de vino distintas; y descubrir esa inconsciencia de sus actos le afectó dolorosamente. Le perturbó encontrarse en un estado mental tan poco saludable. Exceso de sentimiento, exceso de sentimiento; y formaba parte de su credo que cualquier exceso de sentimiento era malsano, moralmente improductivo, una mancha en la virilidad práctica. Culpa de ella. Entera culpa de ella. Su pecaminoso olvido de sí misma era contagioso. Le hacía pensar pensamientos que nunca había tenido; pensamientos que desintegraban, atormentaban, socavaban hasta el mismísimo núcleo de la vida, como una enfermedad mortal; pensamientos que engendraban el miedo al aire, a la luz del sol, a los hombres, como la noticia susurrada de una pestilencia.

Las doncellas servían sin hacer ruido; y para evitar mirar a su esposa y mirarse a sí mismo por dentro, las seguía con los ojos, primero a una, luego a la otra, sin poder distinguir las. Se movían en silencio por la estancia sin que fuera posible ver por qué medio, pues sus faldas rozaban la alfombra por todos lados; se deslizaban de aquí para allá, retrocedían, se acercaban, rígidas en blanco y negro, con gestos precisos y sin vida en el semblante, como un par de marionetas de luto; y su aire de indiferencia inerte le resultaba antinatural, sospechoso, irremediablemente hostil. Que los sentimientos o el juicio de gente así pudieran afectarle de algún modo no se le había ocurrido nunca antes. Entendía que no tenían perspectivas, ni principios, ni refinamiento ni poder. Pero ahora se había degradado tanto que ni siquiera intentaba disimularse su anhelo de conocer los pensamientos secretos de sus criadas. Varias veces levantó la vista furtivamente hacia los rostros de aquellas chicas. Imposible saberlo. Le cambiaban los platos ignorando por completo su existencia. Qué duplicidad impenetrable. Mujeres, nada más que mujeres a su alrededor. Imposible saberlo. Experimentó esa sensación abra-

sadora y penetrante hasta el corazón de soledad peligrosa que a veces asalta el coraje de un aventurero solitario en un país inexplorado. La visión de un rostro masculino —sentía— de cualquier rostro masculino, habría sido un alivio profundo. Entonces sabría uno algo, podría comprender... Contrataría un mayordomo cuanto antes. Y luego llegó el final de aquella cena —que había parecido prolongarse durante horas—, el final llegó tomándole violentamente por sorpresa, como si hubiera esperado, en el curso natural de las cosas, permanecer sentado a aquella mesa por los siglos de los siglos.

Pero arriba, en el salón, se convirtió en víctima de un destino inquieto que no le permitía bajo ningún concepto sentarse. Ella se había dejado caer en un sillón bajo y, cogiendo de una mesita a su lado un abanico de varillas de marfil, se protegía el rostro del fuego. Las brasas resplandecían sin llama; y sobre el fulgor rojizo, las barras verticales de la rejilla se recortaban a sus pies, negras y curvas, como las costillas carbonizadas de un sacrificio consumido. Lejos, una lámpara encaramada sobre una esbelta varilla de latón ardía bajo una amplia pantalla de seda carmesí: el centro, entre las sombras de la amplia sala, de un crepúsculo abrasador que tenía en la calidez de su tono algo delicado, refinado e infernal. Sus pasos quedos y el latido apagado del reloj sobre la alta repisa de la chimenea se respondían con regularidad, como si el tiempo y él mismo, enzarzados en un duelo medido, hubieran caminado juntos a través de la delicadeza infernal del crepúsculo hacia una meta misteriosa.

Caminaba de un extremo al otro de la sala sin detenerse, como un viajero que, en la noche, avanza con tenacidad en un viaje interminable. De cuando en cuando la miraba. Imposible saberlo. La tosca precisión de ese pensamiento expresaba para su mente práctica algo ilimitado e infinitamente profundo, la sutileza omniabarcadora de un sentimiento, el origen eterno de su dolor. Aquella mujer le había aceptado, le había abandonado... le había vuelto. Y de todo ello nunca conocería la verdad. Nunca. Ni en la muerte, ni después, ni en el día del Juicio Final, cuando todo sea revelado —pensamientos y actos, recompensas y castigos—, pues el secreto de los corazones solo regresará, para siempre ignorado, al Inscrutable Creador del bien y del mal, al Señor de las dudas y los impulsos.

Se quedó inmóvil para mirarla. Reclinada y con el rostro vuelto hacia el otro lado, ella no se movía, como si durmiera. ¿Qué pensaba? ¿Qué sentía? Y ante su perfecta quietud, en el silencio sin aliento, se sintió insignificante

e impotente ante ella, como un prisionero encadenado. La furia de su impotencia evocó imágenes siniestras, esa facultad de visión atormentadora que en un momento de angustiante sensación de agravio lleva a un hombre a murmurar amenazas o a hacer un gesto amenazante en la soledad de una habitación vacía. Pero el vendaval de la pasión pasó de inmediato y le dejó temblando levemente, con el temor reflexivo y asombrado de un hombre que se ha detenido en el mismo borde del suicidio. La serenidad de la verdad y la paz de la muerte solo pueden asegurarse mediante una amplitud de desprecio que abarque todas las servidumbres provechosas de la vida. Descubrió que no quería saber. Era mejor no hacerlo. Todo había terminado. Era como si no hubiera ocurrido. Y era muy necesario para ambos, era moralmente correcto, que nadie lo supiera.

Habló de repente, como si concluyera una discusión.

—Lo mejor que podemos hacer es olvidar todo esto.

Ella se sobresaltó levemente y cerró el abanico con un chasquido.

—Sí, perdonar... y olvidar —repitió, como para sí.

—Yo nunca olvidaré —dijo ella con voz vibrante—. Y nunca me perdonaré...

—Pero yo, que no tengo nada que reprocharme... —comenzó, dando un paso hacia ella. Ella se puso en pie de un salto.

—No volví para que me perdonaras —exclamó con pasión, como si clamara contra una injusta imputación.

Él solo dijo: —¡Oh! —y calló. No podía comprender aquella agresividad sin provocación de su actitud, y desde luego estaba muy lejos de pensar que un esbozo involuntario de algo parecido a la emoción en el tono de sus últimas palabras hubiera provocado ese estallido incontrolable de sinceridad. Eso completó su desconcierto, pero ahora no estaba en absoluto enfadado. Era como si le hubiera entumecido la fascinación de lo incomprensible. Ella estaba ante él, alta e indefinida, como un fantasma negro en el crepúsculo rojizo. Por fin, dolorosamente inseguro sobre lo que ocurriría si abría los labios, murmuró:

—Pero si mi amor es suficientemente poderoso... —y vaciló.

Oyó algo romperse con un chasquido en la quietud ardiente. Ella había roto el abanico. Dos delgadas astillas de marfil cayeron, una tras otra, sin ruido, sobre la gruesa alfombra; e instintivamente él se agachó para recogerlas. Mientras tanteaba a sus pies, se le ocurrió que aquella mujer tenía en sus manos un don indispensable que nada más en la tierra podría dar; y cuando se incorporó, le penetró una convicción irresistible ante el enigma, la certeza de que al alcance de su mano y alejándose de él estaba el mismísimo secreto de la existencia, ¡su certidumbre, inmaterial y preciosa! Ella se dirigió hacia la puerta, y él la siguió a su lado, buscando a tientas la palabra mágica que esclareciera el enigma, que obligara a entregar el don. ¡Y no existe tal palabra! El enigma solo se esclarece mediante el sacrificio, y el don del cielo está en manos de todo hombre. Pero ellos habían vivido en un mundo que aborrece los enigmas y no aprecia más dones que los que pueden obtenerse en la calle. Ella se acercaba a la puerta. Él dijo apresuradamente:

Te doy mi palabra, te amaba... te amo ahora.

Ella se detuvo un instante casi imperceptible para lanzarle una mirada indignada, y luego siguió su camino. Aquella penetración femenina — tan sagaz y tan viciada por el eterno instinto de la defensa propia, tan pronta a ver un mal evidente en todo cuanto no alcanza a comprender — la llenó de un amargo resentimiento contra los dos hombres que a la lucha espiritual y trágica de sus sentimientos no podían ofrecer sino la tosquedad de su abominable materialismo. En su cólera contra su propio y estéril autoengaño halló odio bastante para los dos. ¿Qué querían? ¿Qué más quería este? Y cuando su marido volvió a encararse con ella, la mano en el picaporte, se preguntó si era imperdonablemente estúpido o simplemente innoble.

Dijo, nerviosa y muy deprisa:

— Te engañas a ti mismo. Nunca me amaste. Querías una esposa... una mujer cualquiera... cualquier mujer que pensara, hablara y se comportara de cierto modo... de un modo que tú aprobaras. Te amabas a ti mismo.

— ¿No me crees? — preguntó él, despacio.

— Si hubiera creído que me amabas — empezó, apasionada, y luego aspiró hondo; y durante aquella pausa él oyó el latido firme de la sangre en sus oídos — . Si lo hubiera creído... jamás habría vuelto — remató, temeraria.

Él se quedó mirando al suelo como si no la hubiera oído. Ella esperó. Al cabo de un momento él abrió la puerta y, en el rellano, apareció la mujer ciega de mármol, cubierta hasta el mentón, tendiéndoles a ciegas un racimo de luces.

Parecía haberse olvidado de sí mismo en una meditación tan profunda que ella, a punto de salir, se detuvo a mirarlo con sorpresa. Mientras ella hablaba, él había ido siguiendo el rastro del enigma, saliendo del mundo de los sentidos hacia la región del sentimiento. ¡Qué importaba lo que ella hubiera hecho, lo que hubiera dicho, si a través del dolor de sus actos y sus palabras él había obtenido la clave del enigma! ¡No hay vida posible sin fe y sin amor: fe en un corazón humano, amor por un ser humano! Aquel toque de gracia, cuyo auxilio una vez en la vida es privilegio del más indigno, le abrió de par en par los portales del más allá, y al contemplar allí la certidumbre inmaterial y preciosa olvidó todos los accidentes sin sentido de la existencia: la dicha de adquirir, el deleite de gozar; todas las formas proteicas y seductoras de la codicia que gobierna un mundo material de alegrías necias, de tristezas despreciables. ¡La fe! ¡El amor! La fe clara y sin dudas en la verdad de un alma; la gran ternura, honda como el océano, serena y eterna, como la paz infinita del espacio por encima de las breves tempestades de la tierra. Era lo que había ansiado toda su vida, pero solo entonces lo comprendió por primera vez. Fue a través del dolor de perderla como le llegó aquel conocimiento. ¡Ella tenía el don! ¡Ella tenía el don! Y en el mundo entero era el único ser humano que podía rendirlo a su inmenso deseo. Dio un paso adelante, tendiendo los brazos, como para estrecharla contra su pecho, y, al alzar la cabeza, se topó con tal expresión de consternación vacía que los brazos se le desplomaron como si un golpe se los hubiera derribado. Ella se apartó de él sobresaltada, tropezó en el umbral y, una vez en el rellano, se volvió, veloz y encogida. La cola del vestido silbó al girar en torno a sus pies. Era un pánico sin disimulo. Jadeaba, enseñando los dientes, y el odio de la fuerza, el desdén de la debilidad, la eterna preocupación del sexo brotaron como un diablillo de juguete de una caja.

—Esto es odioso —chilló ella.

Él no se movió; pero la mirada de ella, sus movimientos agitados, el sonido de su voz eran como una neblina de hechos que se espesaba entre él y la visión del amor y de la fe. Se desvaneció; y al contemplar aquel rostro triunfante y despectivo, aquel rostro blanco, furtivo e inesperado, como sor-

prendido al mirar desde una emboscada, él regresaba lentamente al mundo de los sentidos. Su primer pensamiento claro fue: estoy casado con esa mujer; y el siguiente: no dará más que lo que veo. Sintió la necesidad de no ver. Pero el recuerdo de la visión, el recuerdo que perdura para siempre en quien ha visto, le hizo decirle, con la ingenua austeridad de un converso sobrecogido por el roce de un credo nuevo: —Tú no tienes el don. Le volvió la espalda, dejándola por completo desconcertada. Y ella subió las escaleras despacio, debatiéndose con la desagradable sospecha de haberse enfrentado a algo más sutil que ella misma, más profundo que el incomprensido y trágico conflicto de sus sentimientos.

Él cerró la puerta del salón y se movió al azar, solo entre las pesadas sombras y en el crepúsculo ígneo, como en un elegante lugar de perdición. Ella no tenía el don... nadie lo tenía... Pisó un libro que había caído de una de aquellas mesitas atestadas. Recogió el delgado volumen y, sosteniéndolo, se acercó a la lámpara de pantalla carmesí. El tinte ígneo se ahondó sobre la cubierta, y unas letras de oro contorsionadas, esparcidas por toda ella en un intrincado laberinto, surgieron con un fulgor rojizo. *Espinas y arabescos*. Lo leyó dos veces, *Espinas y ar.....* El libro de versos del otro. Lo dejó caer a sus pies, pero no sintió el menor aguijón de celos ni de indignación. ¿Qué sabía él?... ¿Qué?... La masa de brasas ardientes se desmoronó en la parrilla, y él se volvió a mirarla... ¡Ah! Aquel estaba dispuesto a renunciar a todo cuanto poseía por aquella mujer... que no acudía... que no tenía la fe, el amor, el valor de acudir. ¿Qué esperaba aquel hombre, qué anhelaba, qué quería? ¡La mujer... o la certidumbre inmaterial y preciosa! El primer pensamiento generoso que jamás había dedicado a ningún ser humano fue para aquel hombre que había intentado hacerle un daño terrible. No estaba enfadado. Lo entristecía una pena impersonal, una vasta melancolía como de toda la humanidad anhelando lo inalcanzable. Sintió su hermandad con todos los hombres... incluso con aquel hombre... sobre todo con aquel hombre. ¿Qué pensaría ahora? ¿Habría dejado de esperar... y de tener esperanza? ¿Dejaría alguna vez de esperar y de tener esperanza? ¿Comprendería que la mujer, que no había tenido valor, no tenía el don... no tenía el don?

El reloj empezó a dar la hora, y la vibración de tono grave llenó la estancia como con el son de una campana enorme que doblara a lo lejos. Él contó las campanadas. Doce. Otro día había comenzado. Había llegado el mañana; el mañana misterioso y mentiroso que arrastra a los hombres, desde-

ñosos del amor y de la fe, cada vez más lejos, a través de las punzantes futilidades de la vida, hacia la recompensa merecida de una tumba. Contó las campanadas y, con la mirada fija en la parrilla, pareció aguardar más. Luego, como si lo hubieran llamado, salió de la estancia, andando con paso firme.

Ya fuera, oyó pasos en el vestíbulo y se quedó inmóvil. Se corrió un cerrojo... luego otro. Estaban cerrando la casa... dejando fuera su deseo y su engaño de la crítica indignada de un mundo lleno de nobles dones para quienes se proclaman sin mancha y sin reproche. Estaba a salvo; y por todos los lados de su morada dormían temores serviles y esperanzas serviles, soñando con el éxito, tras la severa discreción de unas puertas tan impenetrables a la verdad de dentro como el granito de las lápidas. Chascó una cerradura... tintineó una cadena corta. ¡Nadie lo sabrá!

¿Por qué pesaba esta certeza de seguridad más que una carga de miedo, y por qué el día que comenzaba se presentaba obstinadamente como el último de todos... como un hoy sin mañana? Y sin embargo nada había cambiado, pues nadie lo sabría; y todo seguiría como antes: el adquirir, el gozar, la bendición del hambre que cada día se sacia; los nobles alicientes de ambiciones insaciables. Todo... todas las bendiciones de la vida. Todo... salvo la certidumbre inmaterial y preciosa... la certidumbre del amor y de la fe. Creía que su sombra lo había acompañado desde que tenía memoria; que aquella presencia invisible había regido su vida. Y ahora que la sombra había aparecido y se había desvanecido, no lograba extinguir su anhelo de la verdad de su sustancia. Su deseo de ella era ingenuo; era imperioso como las aspiraciones materiales que son el cimiento de la existencia, pero, a diferencia de estas, era invencible. Era el sutil despotismo de una idea que no tolera rivales, que es solitaria, inconsolable y peligrosa. Subió despacio la escalera. Nadie lo sabrá. Los días pasarían y él llegaría lejos... muy lejos. Si la idea no podía dominarse, sí podía dominarse la fortuna, podía dominarse al hombre... al mundo entero. Lo deslumbraba la grandeza de la perspectiva; la brutalidad de un instinto práctico le gritaba que solo aquello que podía poseerse valía la pena poseerlo. Se demoró en los peldaños. Las luces estaban apagadas en el vestíbulo, y una llamita amarilla revoloteaba allá abajo. Sintió por sí mismo un súbito desprecio que le dio ánimos. Siguió adelante, pero ante la puerta de la habitación de ambos, con el brazo ya tendido para abrirla, vaciló. En el tramo de escalera de abajo apareció la cabe-

za de la muchacha que había estado cerrando la casa. El brazo se le cayó. Pensó: esperaré a que se vaya... y retrocedió hasta ocultarse entre los pliegues verticales de un cortinaje.

La vio subir poco a poco, como quien asciende de un pozo. A cada peldaño la débil llama de la vela oscilaba ante su rostro joven y cansado, y la oscuridad del vestíbulo parecía adherirse a su falda negra, seguirla, alzándose como una marea silenciosa, como si la gran noche del mundo hubiera irrumpido a través de la discreta reserva de los muros, de las puertas cerradas, de las ventanas con visillos. Subía por los peldaños, trepaba por las paredes como una ola airada, se derramaba sobre los cielos azules, sobre las arenas amarillas, sobre el sol de los paisajes, y sobre el bonito patetismo de la inocencia harapienta y de la mansa inanición. Se tragaba el delicioso idilio en una barca y la mutilada inmortalidad de célebres bajorrelieves. Fluía desde fuera... subía más alto, en un silencio destructor. Y, por encima de ella, la mujer de mármol, serena y ciega en el alto pedestal, parecía conjurar la noche devoradora con un racimo de luces.

Contemplaba con impaciencia la marea creciente de aquella penumbra impenetrable, como ansioso de que llegara una oscuridad lo bastante negra para ocultar una rendición vergonzosa. Se aproximaba. El racimo de luces se apagó. La muchacha ascendía de cara a él. Tras ella la sombra de una mujer colosal danzaba levemente en la pared. Contuvo el aliento mientras ella pasaba, sin ruido y con los párpados pesados. Y tras su estela, la marea creciente de un mar tenebroso llenó la casa, pareció arremolinarse en torno a sus pies y, alzándose sin freno, se cerró en silencio sobre su cabeza.

Había llegado el momento, pero él no abrió la puerta. Todo estaba quieto; y en vez de rendirse a las razonables exigencias de la vida, salió, con el corazón rebelde, a la oscuridad de la casa. Era la morada de una noche impenetrable; como si en verdad el último día hubiera llegado y pasado, dejándolo solo en una oscuridad que no tiene mañana. Y, perfilándose vagamente al pie de la mujer de mármol, lívida e inmóvil como un fantasma paciente, sostenía en la noche un racimo de luces apagadas.

Su pensamiento obediente le trazaba la imagen de una vida ininterrumpida, la dignidad y las ventajas de un éxito ininterrumpido; mientras su corazón rebelde latía con violencia dentro de su pecho, como enloquecido por el deseo de una certidumbre inmaterial y preciosa... la certidumbre del amor y

de la fe. ¡Qué importaba la noche dentro de su morada si fuera podía hallar el sol en que los hombres siembran, en que los hombres siegan! Nadie lo sabía. Pasarían los días, los años, y... Recordó que la había amado. Los años pasarían... Y entonces pensó en ella como pensamos en los muertos: en una tierna inmensidad de pesar, en un apasionado anhelo del retorno de perfecciones idealizadas. La había amado... la había amado... y jamás supo la verdad... Los años pasarían en la angustia de la duda... Recordó su sonrisa, sus ojos, su voz, su silencio, como si la hubiera perdido para siempre. Los años pasarían y él siempre desconfiaría de su sonrisa, sospecharía de sus ojos; siempre descreería de su voz, jamás tendría fe en su silencio. No tenía el don... ¡no tenía el don! ¿Qué era ella? ¿Quién era ella?... Los años pasarían; el recuerdo de esta hora se iría borrando... y ella compartiría la serenidad material de una vida sin tacha. No tenía amor ni fe para nadie. Darle tu pensamiento, tu creencia, era como susurrar tu confesión al borde del mundo. Nada volvía... ni siquiera un eco.

En el dolor de aquel pensamiento nació su conciencia; no ese miedo al remordimiento que crece despacio y despacio se pudre entre los hechos enmarañados de la vida, sino una sabiduría divina que brotó ya adulta, armada y severa de un corazón probado, para combatir la secreta bajeza de los móviles. Le llegó en un relámpago que la moralidad no es un método para alcanzar la felicidad. La revelación fue terrible. Vio de golpe que nada de cuanto sabía importaba lo más mínimo. Los actos de los hombres y las mujeres, el éxito, la humillación, la dignidad, el fracaso... nada importaba. No era cuestión de más o menos dolor, de esta alegría, de aquella tristeza. Era cuestión de verdad o de falsedad... era cuestión de vida o de muerte.

Estaba de pie en la noche reveladora... en la oscuridad que pone a prueba los corazones, en la noche inútil para la labor de los hombres, pero en la que su mirada, no deslumbrada por el sol de los días codiciosos, vaga a veces hasta las estrellas. La perfecta quietud que lo rodeaba tenía algo de solemne, pero él sintió que era la solemnidad mentirosa de un templo consagrado a los ritos de una persuasión degradante. El silencio dentro de aquellos discretos muros era elocuente de seguridad, pero a él le pareció excitante y siniestro, como la discreción de una infamia provechosa; era la prudente paz de una guarida de falsificadores... ¡de una casa de mala fama! Los años pasarían... y nadie lo sabría. ¡Nunca! Ni hasta la muerte... ni después...

— ¡Nunca! —dijo en voz alta a la noche reveladora.

Y vaciló. El secreto de los corazones, demasiado terrible para los ojos tímidos de los hombres, habrá de retornar, velado para siempre, al inescrutable Creador del bien y del mal, al Señor de las dudas y de los impulsos. Su conciencia había nacido... él oyó su voz, y vaciló, ignorando la fuerza que llevaba dentro, el poder fatídico, ¡el secreto de su corazón! Era un sacrificio pavoroso arrojar toda la vida propia a la llama de una creencia nueva. Quería ayuda contra sí mismo, contra el cruel decreto de la salvación. La necesidad de la complicidad tácita, allí donde jamás le había faltado, el hábito de los años se impuso. Tal vez ella lo ayudaría... Abrió la puerta de golpe y se precipitó dentro como un fugitivo.

Estaba en mitad de la habitación antes de poder ver nada más que el deslumbrante fulgor de la luz; y entonces, como desprendida y flotando en él a la altura de sus ojos, apareció la cabeza de una mujer. Ella se había levantado de un salto cuando él irrumpió en la habitación.

Por un instante se contemplaron el uno al otro como enmudecidos de asombro. La cabellera de ella, suelta sobre los hombros, relucía como oro bruñido. Él scrutó la insondable candidez de sus ojos. Nada dentro... nada... nada.

Él balbuceó, trastornado:

—Quiero... quiero... saber... saber...

Sobre la cándida luz de los ojos revolotearon sombras; sombras de duda, de sospecha, la sospecha pronta de un antagonismo inextinguible, la despiadada desconfianza de un eterno instinto de defensa; el odio, el odio hondo y asustado de una emoción incomprensible, abominable, que intrusaba su tosco materialismo en el espiritual y trágico conflicto de sus sentimientos.

—Alvan... no pienso soportar esto... —empezó a jadear de pronto—. Tengo derecho... derecho a... a... a mí misma...

Él levantó un brazo y pareció tan amenazador que ella se detuvo asustada y retrocedió un poco.

Se quedó con la mano en alto... Los años pasarían... y tendría que vivir con aquella insondable candidez por la que revolotean sombras de sospechas y de odio... Los años pasarían... y jamás sabría... jamás confiaría... Los años pasarían sin fe y sin amor...

—¿Puedes soportarlo? —gritó, como si ella pudiera haber oído todos sus pensamientos.

Parecía amenazador. Ella pensó en la violencia, en el peligro... y, solo por un instante, dudó de si había en la tierra esplendores bastantes para pagar el precio de una experiencia tan brutal. Él gritó de nuevo:

—¿Puedes soportarlo? —y la miró con fijeza como enloquecido. También a ella le ardieron los ojos. No podía oír el espantoso clamor de sus pensamientos. Sospechó en él un súbito arrepentimiento, un nuevo acceso de celos, un deshonesto deseo de evasión. Le gritó a su vez, colérica:

—¡Sí!

Él se estremeció allí donde estaba, como en una pugna por librarse de ataduras invisibles. Ella tembló de pies a cabeza.

—¡Pues yo no puedo! —Extendió ambos brazos, como para apartarla de un empujón, y salió a grandes zancadas de la habitación. La puerta se cerró con un chasquido. Ella dio tres pasos rápidos hacia ella y se quedó inmóvil, mirando los paneles blancos y dorados. Del otro lado no llegó sonido alguno, ni un susurro, ni un suspiro; ni siquiera se oyó una pisada fuera, sobre la gruesa alfombra. Era como si, apenas ido, hubiera expirado de repente... como si hubiera muerto allí y su cuerpo se hubiera desvanecido en el acto junto con su alma. Ella escuchó, los labios entreabiertos y los ojos vacilantes. Entonces, abajo, muy por debajo de ella, como en las entrañas de la tierra, una puerta se cerró de golpe con estrépito; y la casa tranquila vibró con ello del tejado a los cimientos, más que ante un trueno.

No regresó jamás.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB